

ESTUDIOS DE MONTERIA.



Una señora con un halcón.

25 de Mayo de 1850.

TOMO VIII. 43

DE LA CAZA.

La caza, esta noble pasión, que hasta cierto punto estingue otras perjudiciales al hombre, desarrolla nuestras fuerzas vitales y ensancha el ánimo. Esta destrucción de animales que en cierta manera debemos conceptuar como necesaria, subsiste, y desde su origen vemos que el hombre, ora le consideremos en el estado de la naturaleza, ora en la formación de una sociedad naciente, no ha podido subvenir á las primeras necesidades sino con la ayuda de la caza. Los primitivos pueblos que nos ha mencionado la historia, se han señalado como pueblos cazadores, y aquellas poblaciones nuevas que se descubren en nuestros días, no conocen otra ocupación que la caza y la pesca, porque el hombre entregado á sí mismo, es imposible que pueda hallar en los frutos naturales de la tierra, un alimento que le satisfaga de una manera cumplida; organizado como los demás animales carnívoros, es preciso que como ellos obedezca á su instinto. Desde el momento que los hombres reunidos en sociedad se fueron haciendo dueños del perro y del caballo, el poder destructor que se encontró en sus manos no conoció ya límites, y vino á ser el rey de la creación; el león, el tigre, el elefante, todos los animales más temibles cedieron al número, y únicamente en las profundidades de los bosques, y en los desiertos encontraron un refugio contra una liga tan poderosa. Pero los peligros de la caza, las fatigas inherentes á ella, y más que todo, la incertidumbre de un buen resultado, condujeron á las sociedades nacentes á buscar los medios de asegurar una subsistencia que casi siempre había sido casual, y comprendieron la necesidad de entregarse exclusivamente á la creación de los rebaños; desde entonces la caza fué para el hombre una mera distracción donde se encuentran emociones, fatigas y peligros.

Vemos que la caza individual no ha sido una grande pasión entre los antiguos; faltaban los medios de destrucción, y excepto la caza con lazos, que debe ser tan antigua como la sociedad, creemos que la flecha ó el dardo no prestaban medios bastante seguros para la cacería menor. Bajo el imperio romano, los emperadores en sus partidas de caza, iban armados de una pica ligera que se llamaba *venábulum*, ó pica de caza, que consistía en una especie de dardo que se lanzaba con la mano á cierta distancia; pero raramente se entregaban los cazadores de aquellos tiempos á estas cazas inocentes donde no existía un peligro real, puesto que tenían verdaderos enemigos que combatir, y el deseo de presentar al pueblo en los circos el espectáculo de un león de Numidia ó de un tigre de Hircania, los excitaba á buscar por todas partes los animales más temibles para cogerlos vivos. Para formarse una idea de lo que debían ser estas cazas, no hay más que repasar lo que nos refieren las historias antiguas respecto á las cazas anfiteatrales de Roma. Este espectáculo que llamaban los romanos *venatio ludaria*, consistía en reunir en el circo el mayor número posible de leones, de leopardos, de tigres, de elefantes, con cuyas fieras salían á combatir cuerpo á cuerpo los gladiadores, llamados *bestiarii*. Otras veces, —y este era el espectáculo más animado del pueblo,—aparecían en el circo solamente los animales reunidos, y los espectadores lanzaban desde lo alto de las galerías sus flechas y sus dardos sobre ellos. La popularidad del patricio á expensas del cual se

verificaba el espectáculo, se media según el número de víctimas arrojadas en el circo, y todos procuraban sobrepasar á sus antecesores en magnificencia. Dicen los libros romanos, que Sila presentó en un solo espectáculo cien leones; Pompeyo más de trescientos, y César, que no quiso ser menos que Pompeyo, presentó más de cuatrocientos. Desde entonces la magnificencia no tuvo límites y se elevó á millares el número de fieras que aparecían en estos espectáculos. Augusto presentó en un día tres mil quinientos, y dos espectáculos dados por el emperador Probo adquirieron una extraordinaria celebridad; en uno se vieron mil avestruces, mil ciervos, mil gamos, mil cabras y mil carneros; en el otro, cien leones de Libia, cien leopardos, cien leones de Siria y trescientos osos.

En la edad media la caza tomó un carácter especial que indudablemente armoniza con todo lo que pertenece á esta época; hasta entonces no se había conocido más que la caza con perros, y se inventó la caza hecha con aves, teniendo por consiguiente nacimiento el arte de la halconería. La señora castellana, acompañada de su augusto esposo, señor elevado y justiciero del lugar, salía de su castillo seguida de sus criados, siervos y pages, con el halcón sobre el puño hasta llegar al paraje donde debía verificarse la cacería. El grabado que encabeza el presente artículo, copia exacta de uno de los mejores cuadros de Alberto Durero, nos presenta á la cazadora de los tiempos medios, con su halcón en la mano, y dispuesto á obedecer á la primera señal de su ama.

Nadie ignora la celebridad que tuvo en aquellos siglos el arte de la halconería, que fué por espacio de mucho tiempo uno de los atributos de la monarquía y de la riqueza: un halcón era una cosa sagrada, y desgraciado de aquel que tuviese la imprudencia de matarle ó de apoderarse de él; experimentaba grandes castigos, y á veces llegaba al extremo de ser sentenciado á muerte. Pero ¡cuánta no debé ser la vergüenza que se une á la memoria de estos hombres, que por egoísmo han sacrificado al hombre á sus venganzas! El señor tenía derecho á asolar la viña del colono cuando se hallaba en disposición de ser vendimiada, ó cuando su cosecha estaba en sazón. Hasta la tímida liebre fué funesta para el colono; y ¡desventurado de aquel que dando muerte al animal estorbaba los placeres del señor! Un infeliz que impensadamente espantó á un pájaro, fué crucificado por orden de un obispo de Auxerre. Bernabo Visconti hizo comer una liebre cruda con huesos y piel al que la había matado. Siendo los reyes y los nobles los que únicamente tenían derecho á cazar, se establecieron ciertas leyes tiránicas y opresivas contra los villanos, que tuvieron la audacia de apuntar en sus privilegios.

Guillermo el Conquistador mandaba sacar los ojos á aquellos de sus súbditos que matasen un jabalí ó un ciervo.

Enguerrando de Coucy, que vivía en tiempo de San Luis, mandó ahorcar á dos caballeros que habían perseguido una liebre en un bosque.

El código de Enrique IV sobre la caza, después de imponer penas afflictivas y pecuniarias á los cazadores de ciervos y halcones, concluye de esta manera:

«Pero entiéndase que las penas afflictivas al cuerpo serán ejecutadas sobre las personas viles y abyectas, es decir, que no sean nobles.»

Pero volviendo á nuestro asunto con respecto á los halcones, diremos que los señores adornaban con esta ave sus

cimeras: figuraba como signo de ilustre origen en los escudos de armas y en los sepulcros. Era particularmente querido de las señoras y por él juraban los caballeros: acreditaban su celo respecto de las damas postrándose llenos de atención delante del ave cazadora, desplegando su habilidad en ponerla el tiro ó la caperuza, en soltarla, en llamarla, en escitarla, en dirigirla sobre la presa, ó en quitársela cuando apenas había caído entre sus garras. La llevaban á las reuniones y á los viages. En Milan, se mandó que en un parage donde se reunían los nobles y los mercaderes, se pusieran perchas para colocar allí los famosos halcones y gavilanes. Eugenio II exhortó á los nobles para que no llevaran á la cruzada perros ni aves de ninguna especie, y sin embargo, Felipe Augusto llamaba la atención de todos en Tolemaida por la estremada hermosura de sus halcones; uno de ellos que se escapó y se posó en los baluartes de la ciudad, dió motivo á que todo el ejército se pusiera en movimiento para cogerle; asíóle un musulman, y habiéndoselo llevado á Saladino, el rey le dió por recuperarlo tanto como le hubiese costado el rescate de cuatro mil prisioneros cristianos.

Cuando se construyeron las casas consistoriales de Milan se añadieron á ellas pértigas para poner los halcones; los mismos sacerdotes los colocaban en las balastradas del altar y en los brazos de las sillas de coro. La ley franca permitía al noble que caía prisionero dar por su rescate todo el dinero que poseyese, y hasta doscientos campesinos de sus tierras, pero nunca su halcón, y ciertos señores querían ser enterrados con ellos, ó los legaban á sus mas queridos amigos en prueba de aprecio.

Una halconería no era un parage donde se propagaban los halcones, sino un edificio dispuesto para conservar estas aves, y á propósito para enseñarlas segun el género de caza á que se destinaban. Nunca se ha conseguido,—cualesquiera que hayan sido los medios empleados,—la propagación de los halcones, ni la de ningún ave de rapina en estado de cautividad. En todos los tiempos hasta la abolición del feudalismo, los grandes han convertido su halconería en una de las principales dependencias de sus dominios, y muchas veces se juzgaba de la importancia de un terreno señorial por el aspecto mas ó menos espléndido de este establecimiento; le consideraban, pues, como una residencia pasajera, como un punto de reunión para los cazadores. Estos establecimientos se construían siempre con gusto y elegancia, y con bastante extensión para alojar en ellos mucha gente y contener todo el material de una caza numerosa. Las halconerías reales de Alemania y de Inglaterra son las que se citan mas especialmente por su lujo y magnificencia.

Las cacerías de los grandes señores se ejecutaban en medio de la mas brillante pompa. Un duque tenía seis pages para sus galgos, seis para los lebreles, seis gobernadores de los criados de los sabuesos, seis criados para los lebreles, doce para los galgos, seis para los falderos, seis para los podencos y seis para los perros ingleses. El cazador llevaba una gabardina forrada de pieles; una chupa verde con un cinturón de cuero de Irlanda, un cuchillo de monte, un arco y flechas, un cuerno de marfil colgado de una cadena de oro ó de acero pulimentado.

Después de las cazas verdaderas vinieron las que no eran mas que una imitación, las del toro principalmente. La caza dada en 1333 en el coliseo en Roma fué tristemente memorable; entre los que allí figuraban estaban Cecco del Valle,

con vestido mitad blanco mitad negro, llevando por divisa *Soy Eneas para Lavinia*, aludiendo á la muger que amaba y que tenía este nombre: Mezzo Stallo, vestido de luto por la muerte de su esposa y llevando por divisa: *Vivo inconsolable*: un hijo de los señores de Polenta, con dalmática roja y negra, cuya divisa era: *Si me anego en sangre ¡qué muerte tan dulce!* Otro de amarillo llevaba la siguiente divisa: *Guardaos de la locura de amor!* Otro que había adoptado el color ceniciento, llevaba esta: *Me abraso bajo la ceniza*. Un Conti vestido de tisú de plata se distinguía con esta divisa: *Mi fe no es menos blanca*. Cappoccio, cuyo trage era de color de rosa bajo, decia: *Soy esclavo de la romana Lucrecia*, en señal de su amor á la castidad. Otro cuyo trage era de cuadros blancos y negros sobresalía entre todos con esta divisa: *Loco por una muger*. Otro verde mar y amarillo decia: *Quien navega por amor pierde el seso*. Un joven Stalli, vestido de color blanco con los cabos y el penacho rojos llevaba esta divisa: *Estoy aplacado á medias*. Otro azul celeste mostrando en el escudo un perro encadenado decia: *La fe me tiene y me detiene*. Otro vestido de verde claro llevaba esta: *Tuve viva esperanza, pero ya se muere*.

A medida que los nombres de los actores iban saliendo de la urna, bajaban al palenque, y después de haber saludado á las damas, desenvainaban el acero y daban caza á los toros en medio de los numerosos aplausos de la multitud. Pero esta fiesta terminó de una manera deplorable, porque diez y ocho de ellos sucumbieron en su lucha contra aquellos animales enfurecidos, y á este espectáculo sangriento sucedió un gran luto, cuando la muchedumbre se trasladó á San Juan de Letran para asistir á los funerales de las víctimas.

Alfonso de Nápoles obsequió al emperador Federico III con una magnífica cacería iluminada en el recinto de la Solfatara, donde parecían renovarse los prodigios de la magia.

En la actualidad la caza no presenta el carácter de los tiempos medios; hoy el cazador armado con su escopeta y acompañado de un buen perro, no tiene precisión de otro auxilio, y esta necesidad en satisfacer un placer que á menudo degenera en pasión, ha contribuido no poco á abandonar otro género de cacería mas peligrosa y menos fecunda en resultados positivos. Por otra parte, la tradición de las grandes cazas hace tiempo que se ha perdido en España; las posesiones territoriales están muy divididas. La caza de aves al vuelo tampoco está muy en uso.

El hombre ha sabido aprovecharse del instinto especial que distingue á los perros para la caza; sabemos que estos tienen el órgano del olfato de tal manera desarrollado que predomina sobre todos los demas, y algunas especies parecen que no tienen otro destino que el de la caza, siendo para ellas mas bien un placer necesario que una necesidad real.

La caza que se hace sin perros con el arma ofensiva solamente, no puede tener resultado mas que en el acecho, porque se dispara contra la víctima demasiado cerca para que esta quede muerta en el mismo parage; pero por poco que le quede de vida á la presa, es perdida si el perro no se encuentra allí para seguirle la pista.

Desde la invención de la escopeta, la aplicación de las armas de guerra en la caza, ha dado á esta fabricación una actividad siempre sostenida, y de ello han resultado ensayos sucesivos que concluirán por cambiar enteramente la disposición de las armas de fuego. El deseo de cazar en todo tiempo, lo mismo en un día lluvioso que en uno seco y sereno, ha

conducido al empleo de la pólvora fulminante, lo que ha dado nacimiento á las armas de piston, que concluirán por adoptarse definitivamente en nuestro ejército; nuevos ensayos bastante felices, especialmente en Inglaterra, han conducido á cargar las armas de caza por la culata, y solo resta hacer la aplicacion de la pólvora fulminante en el mismo carticho.

Terminaremos diciendo que desde que las armas de caza se han perfeccionado tanto, se ha ido abandonando la fabricacion de las redes, que solamente están en uso entre los pajareros que hacen de ellas un empleo destructor, ora dispongan lazos, ligas, trampas, ó se sirvan de las indicadas redes.

I. A. BERMEJO.

EL PARIÁ.

(Conclusion.)

INDOSTAN, PRODUCCIONES, USOS Y COSTUMBRES.

II

La muger cuando no es nubil vuelve á casa de su padre, y muchas veces tarda algunos años en salir para otra nueva

ceremonia que se llama el *matrimonio menor*; sin embargo de que en todos casos solo cuando llega á ser madre puede vivir ya sin restriccion con su marido, permaneciendo hasta entonces sometida á las órdenes de su suegra.

La suegra de Romasa es por lo tanto la muger del guru de mi hermano y es aun mas avara que su marido, lo que hizo que mi hermano consiguiese ganarla á poca costa. La hizo creer que su santidad no le permitia vivir familiarmente con una muger, y la suplicó vigilase á Romasa de modo que hiciera imposible ninguna entrevista á solas; lo que efectuó la vieja brahmína tal vez por envidia ó quizás por gusto de satisfacer aquella rareza de mi hermano.

Indrapramati al mismo tiempo me facilitó los medios de ver á mi amada y hasta de hablarla á solas. Dentro de cuatro dias se cumplen los seis años de matrimonio; entonces repudiará á su muger y vendrá á serlo mia.

—¿Pero creéis, observé yo, que no ponga obstáculo á ese matrimonio el padre de Romasa?

—No podrá porque nos casaremos en gandarva.

Al separarse de su marido vendrá Romasa á reunirme, y delante de muchos testigos amigos de mi hermano, me dirá: *Soy ahora tu muger. Yo la contestaré: Es verdad. Este matrimonio de mútuo consentimiento es tan válido como el verificado con otras ceremonias. Y aunque á mis hijos y*



El matrimonio.

á mi muger por su calidad de muger dos veces casada, los desdeñe el mundo hasta cierto punto, no por eso espero que sean menos felices viviendo en este retiro.

Aquí ya veis, añadió invitándome á dar un paseo por su dilatado jardín, aunque apartado del trato de los hombres no

me hace falta nada; poseo en este recinto cuanto conviene y es útil á las necesidades de la vida, hasta tengo quien me sirva con mas fidelidad tal vez que los hombres mismos. Diciendo así acercó los labios á una de las cuatro manos de un idolo de madera construido para adorno como una estatua,

que produjo un silbido muy agudo, al cual aparecieron dos enormes orangutanes asidos á los remos de una barca. Entramos en ella, y nuestros dos monos con la mayor inteligencia, obedientes á la mas leve seña de su amo nos pasearon todo alrededor del estanque.

Sacontala terminó así su historia; yo le hice aun algunas



Jardin indio.

preguntas relativas á ciertas costumbres, á las cuales contestó siempre con el agrado y amabilidad que tanto predisponia en su favor.

A todo esto la noche estaba muy avanzada; el paria y yo fatigados de hablar uno y de escuchar otro, íbamos languideciendo y casi entregándonos al sueño cuando vimos llegar hacia nosotros un *culi* de Patna. Este despues de asegurarse que realmente hablaba con el sudra Sacontala, le entregó una carta muy bien plegada y cerrada, aunque escrita segun costumbre en hoja de palmera y con la punta de un punzon de acero. Antes de abrirla sintió Sacontala temblar su párpado izquierdo, presagio que le estremeció de temor: leyó presurosamente; su contenido le hizo palidecer.

—¡Oh sol! dijo, padre de mis antecesores, ¿consentirás que implacable la muerte arrebatte al mejor de los hermanos y que sirva su cuerpo de presa á los tigres y cocodrilos? Volvemos en su socorro..... ¡Franguis, adios!

El paria se dirigió por el camino de Patna corriendo con tal ligereza, que tardé poco en perderlo de vista.

Tan repentina separacion me contrarió mucho porque pensaba aun hacerle algunas preguntas; sin embargo, me consolé la idea de hallarle en la próxima ciudad, y con esta esperanza tomé de nuevo el camino acompañado del *culi* ó *pion* que habia traído á Sacontala el mensage.

Ya en camino y siguiendo la orilla del Ganges me complacia en considerar la esbeltez de formas y airosos ademanes de las jóvenes indas que vienen al rio á practicar sus abluciones ó á tomar con respeto de aquellas aguas para algun uso doméstico ó religioso. Los vasos de que se sirven

son de barro ó cobre, de una forma esférica particular, y los colocan en la cabeza unos sobre otros de modo que forman una especie de pirámide. Estas mugeres tan feas como se vuelven á cierta edad, poseen cuando jóvenes una gracia y atractivo singulares; sus ropages tan sencillos como de buen gusto y la morvidez de sus formas llenas de dulzura y magestad fijaron mi atencion muy particularmente.

Cuando llegué á Patna fui á visitar á un negociante francés, para quien llevaba carta de recomendacion. Me recibió con la mas completa cordialidad llevándome á su casa donde tuve ocasion de admirar todo el lujo de un *nabab* (1) acomodado al buen gusto parisien. La casa, situada en uno de los cuarteles mas aéreos de la ciudad, se ofrecia á la vista ostentando un doble peristilo con columnatas de gusto árabe, continuando á su espalda un vasto jardin que mostraba flores de todos paises, y que descendiendo dulcemente remataba en una especie de playa sembrada de naranjos y bañada por las aguas del rio sagrado.

Interiormente estaban revestidas las paredes de un estuco mas brillante que el mármol y adornadas con pinturas y esculturas ejecutadas por artistas indos. Estas pinturas carecian de efecto de claro oscuro y de correccion en el dibujo, mas eran notables por lo raro de la composicion y la belleza del colorido. Los pisos de las habitaciones estaban ricamen-

(1) Los *nababs* son principes indos mahometanos, que bajo la denominacion de rajahes, ejercen el gobierno en ciudades y provincias, donde sobresalen por la ostentacion de un lujo desordenado. De aqui trae origen el nombre de *nabab* que dan los ingleses á aquellos de sus compatriotas que regresan de la India con riqueza.

se alfombrados, y aquellas adornadas suntuosamente con muebles de marfil y laca traídos del Japon y China, con porcelanas magnificas, y con cien otras curiosidades preciosas confiadas al cuidado de numerosos criados vestidos con lujosas libreas. Enormes *sunkas* ó abanicos colgados de la bóveda y constantemente agitados renovaban el aire siempre fresco, porque la brisa exterior penetraba á través de bastidores de palma de Benarés empapada de agua, lo que hacia desprender cierto vapor húmedo que enfriaba el aire y facilitaba la respiración.

Mi amable huésped me trataba de un modo casi régio. Un día nos hallábamos de sobremesa despues de una magnífica comida, servida á la francesa, cuando llegó á nuestros oídos un rumor extraordinario. Salimos á la calle para saber qué lo motivaba, y nos enteramos de que hacia veinte y cuatro horas que todos los vecinos de una calle, y creo que de un cuartel, estaban guardando completa abstinencia, privados de comer, porque habia un muerto en una casa, y en consecuencia consideraban en estado de impureza todos los alimentos, interin no quemaran el cadáver. Generalmente celebran los indios los funerales de sus difuntos apenas han exhalado el último suspiro, y muchas veces antes si están destinados á darles sepultura las aguas del Ganges. Cuando el muerto deja riquezas, se le quema con gran aparato y ceremonias dispendiosas; si es pobre, suele envolverse en un harapo cualquiera, y enterrarle en un cementerio comun situado fuera de la ciudad; pero de todos modos y en todos casos no se cuidan mucho porque esté ó no realmente muerto; con tal de que no manifieste señal evidente de sensibilidad, se le en-

tierra con tanta ó mas indiferencia que en Paris ó en Madrid (1).

En aquel pais era una cosa extraordinaria conservar un cadáver en la casa por espacio de veinte y cuatro horas, y como esta circunstancia escitara mi curiosidad, me dijo mi huésped:

—El muerto pertenecia á la clase de brahminas y pasaba por santo, á lo cual hay que atribuir se retrase algunas horas mas que de costumbre el entierro, con objeto de preparar la hoguera, y aun de decidir á su esposa que se arroje en ella.

—¿Os chanceais, mi querido amigo? dije á mi huésped; aunque recién llegado de Europa, no se ignora allí que ha cesado hace mucho tiempo esa abominable costumbre.

—No es del todo exacto; puesto que si bien no son tan comunes estos ejemplares, no por eso dejan de verificarse de cuando en cuando.

—Pero el gobierno inglés, me han dicho que....

—Es verdad que se ha opuesto á estos asesinatos religiosos, tanto como le ha sido posible, pero le ha costado muy caro, y hay ocasiones en que la economía tiene que establecer un limite á las liberalidades humanitarias. Y si no atendid: un director de la compañía, se opuso formalmente en una ocasion á que se verificara un sacrificio de esta especie, á que se iba á consagrar una muger aun en la flor de la edad. En efecto, consiguió su propósito, pero al dia siguiente recibió una carta de su protegida concebida poco mas ó menos en estos términos:

«Señor, habeis conservado mi vida, pero esto no es bastante, y yo creo que no ejercereis vuestros beneficios á me-



Jóvenes indas practicando sus abluciones.

dias. Por consejo de los brahmines de mi familia me habia decidido á morir. Absteniéndome de alimentos segun la cos-

(1) Los indos, aunque no son valerosos, no temen tampoco la muerte. Con frecuencia se les oye citar esta frase de uno de sus autores:

tumbre, vestida convenientemente y adornada con mis joyas esperaba el momento fatal ya cercano, cuando llegaron vues-

«Vale mas estar sentado que de pie: mas aun acostado que sentado; dormir que velar, y la muerte es preferible á todo.

tras órdenes suspendiendo el acto. En virtud de estas órdenes vivo ahora, pero vivo deshonrada; he perdido no solo mi casta, mis parientes y mis amigos, sino también todos los medios de proveer á mi subsistencia. Así pues, ya que sois causa de que me vea en situación tan deplorable admitidme en vuestra familia ó proveed á mis necesidades, etc, etc. (1).»

El director no tuvo otro remedio que obligarse á suministrar á la viuda una pensión anual de doscientas pagodas de tres imágenes (7,000 rs.) A otra cosa igual tuvo que obligarse un oficial inglés, después de salvar la vida á un enfermo que habían arrojado al Ganges. Hechos de esta especie frecuentemente reproducidos han resfriado mucho el celo filantrópico de los europeos.

Hablando de esta suerte caminamos en dirección del cementerio á fin de presenciar los funerales del brahmin. Las ceremonias á que no podía yo asistir me las explicaba mi huésped con la mayor complacencia.

Así que el enfermo, me decía, exhala el último suspiro, rompen en lamentos estrepitosos las mugeres de la casa y las plañideras ó lloronas. Un brahmin después de purificarse por medio de un baño, lia alrededor del dedo anular del cadáver una matita de *darba*, yerba sagrada; en seguida purifica la casa con aspersiones de agua lustral; el pariente mas cercano del difunto recita una oración y arroja estiércol de vaca seco y pulverizado en la lumbre de un brasero. Se rodea el cadáver de *darba* sagrada y entregan al brahmin algunas ofrendas; se pronuncian al oído del cadáver las palabras misteriosas de la iniciación; el jefe de la familia y los demas parientes se afeitan la cabeza; el brahmin conjura los astros con objeto de desviar las influencias funestas, evoca el alma del difunto y observa bajo qué constelación ha ocurrido su muerte. Por último ruegan á los dioses superiores le sean propicios, perdonen sus pecados y estorben le perjudiquen los astros.

Mi huésped y yo llegamos al cementerio, donde lo primero que nos dió en ojos fué una pila de leña muy seca y rociada de perfumes y de sustancias inflamables como aceite y manteca. A poco sentimos los tonos lúgubres de los *tamtams*, trompeta de seis pies de longitud, que anunciaban la proximidad de la comitiva compuesta de muchos brahmines y parientes del difunto; algunos músicos precedían á todos. Cuatro parias conducían una especie de caja ó palanquin en que iba recostado el cadáver amortajado con sus vestidos mas ricos.

Por casualidad al fijar la atención para considerar la caja mortuoria, tropezaron mis ojos con los cuatro sepultureros ó conductores del palanquin; entre ellos reconocí con gran sorpresa mia á mi amable hospedero del bosque, al desgraciado *Sacontala*!.... Trabajo me costó cerciorarme, no me engañaban mis ojos, porque me parecia imposible se pudiera verificar en el poco tiempo que mediaba desde nuestra separación un cambio tan completo en la expresión de su fisonomía. No llevaba el traje de los sudras que era con el que yo le habia visto anteriormente; su vestido se componía de un ceñidor usado y una especie de manto que daban á los sepultureros para estas ceremonias; sus cejas y sus párpados, lacios y caídos velaban miradas extrañas cuya expresión singular inspiraba á la vez miedo y lástima; en su fisonomía inquieta y contrada se pintaban alternativamente

arranques de reprimida desesperación, y abatida concentración de despecho y furor. En una palabra, estaba completamente mudado. Los brahmines al llegar á la pila de leña, pincharon al cadáver en la nariz, oprimieron su estómago, le echaron agua en el rostro, todo para asegurarse de que no daba señal alguna de vida, y por último, para despertarle si por acaso estaba dormido, ordenaron un redoble de tambores y trompetas á su mismo oído.

En seguida, despojaron el cadáver de sus vestidos y alhajas, le colocaron sobre la leña y echaron sobre él arroz, manteca, frutos, betel y estiércol pulverizado de vaca. Después en vez de pegar fuego inmediatamente como yo creía, comenzaron los sacerdotes á dirigir cánticos y plegarias á Brahma.

Durante este entreacto me contó mi huésped lo siguiente:

—El pariente mas autorizado de la familia, prende fuego teniendo la vista fija al lado opuesto de la pila, y así que ha tomado cuerpo la hoguera, corre á purificarse en el río ó en el estanque mas próximo al cementerio; los demas parientes avivan el fuego hasta ver consumido el cadáver, lo que se verifica en medio de la algarabía de gritos, cánticos y rumor de bélicos instrumentos. Cuando se estingue el fuego, enfrían las cenizas vertiendo leche, y las recogen cuidadosamente para arrojarlas al río ó al estanque que guarda los restos de la familia.

Muy entretenidos nos hallábamos mi huésped y yo hablando y observando, cuando de pronto oímos esclamar á la multitud un *¡sutti!* un *¡sutti!*

Al mismo tiempo divisamos en el medio de un grupo numeroso de pueblo y brahmines, una joven hermosísima de cosa de diez y seis años de edad. Venia vestida como si se tratara de una boda, ostentando ricos vestidos y joyas preciosas; sus parientes y amigos la rodeaban, y los brahminas movían con sus cánticos, tambores y trompetas tal estrépito que no podíamos comprender una palabra de cuanto decía. Sin embargo, observamos muy claramente que los sacerdotes que la rodeaban se servían de todo el prestigio de su elocuencia para sostener su ánimo decaído y vacilante. Mi huésped me contó que para estos casos emplean no solo toda la influencia supersticiosa del fanatismo sino hasta medios mas infames si cabe, tales como producir el estupor con ópio, cáñamo, etc. etc. La viuda debe presentarse ante la hoguera con ademan tranquilo y sereno, pero en aquel momento á pesar de los esfuerzos por apartar la multitud formando un estenso círculo cuyo centro ocupaba la hoguera, no era difícil observar que la víctima podía apenas sostenerse y que sin el oficioso auxilio de los brahmines que, por decirlo así, la conducían, no hubiera podido llegar al lugar del sacrificio. Los postreros abrazos que la desgraciada se esforzaba en repartir á sus parientes, los últimos adioses que dirigía á todos, reboaban sentimientos desesperados, en vez de religiosa resignación. Al tiempo mismo que pedían su bendición y que la animaban los sacerdotes á que pidiese á Brahma sostuviese su valor para terminar el sacrificio, se encontraron sus ojos oscurecidos de delirio, con la mirada de un paria que armado de una antorcha aguardaba una señal funesta. Entonces la desventurada se estremeció apareciendo bajo el dominio de un parásimo nervioso. Imposible es describir todo lo que habia de horrible en la sonrisa de muerte retratada en su contraído y convulsivo rostro, cuando arrastrada por los sacerdotes estendió su mano hácia el paria en muestra de últi-

(1) Histórico.

mo adios, y no lo seria menos pintar el sentimiento de despecho é indignacion que se apoderó de mi alma; sin embargo, sus verdugos carecian de ternura; la rodeaban cuidadosamente con objeto de ocultar la desesperacion de su victima y la arrastraban hácia la hoguera ahogando sus clamores con el rumor de sus cánticos y plegarias.

La pobre jóven se hallaba ya al borde del sitio fatal; los sacerdotes se distribuian largas horquillas dispuestas para re-

tenerla en las brasas caso de que hiciera esfuerzos por desprenderse de ellas; todo estaba fatal y previsoramente preparado para la consumacion del crimen, para el triunfo de la mas horrorosa supersticion, cuando de improvviso se lanza el paria, hasta entonces inmóvil entre la victima y la pila de leña, sobre la cual arroja su antorcha; impone silencio á los sacerdotes con la mano izquierda, y con ademan resuelto y armado de un terrible krik malayo esclama:



El paria.

—¿Que vais á hacer, brahmines? Concedéis los honores del *sutti* á seres impuros, que Dios ha arrojado de su seno, y cuya alma pertenece á los rakchasas. Ese hombre tendido y ya muerto, ese hombre que habeis rociado de esencias y aceites y que le creiais un santo hombre, era un *paria* como yo! Se llamaba Indrapramati el paria, hermano de Sacontala el pária. Esta muger, esta Romasa que vais á deificar, es paria tambien, porque era la esposa de Indrapramati y hermana de Sacontala.

Esta declaracion tan inesperada como fulminante, produjo un efecto terrible. Los sacerdotes retrocedieron espantados y abandonaron á la inocente victima que se echó en brazos de su libertador. Los mas devotos huyeron de aquel sitio hácia el Ganges á fin de purificarse de la impureza contraída al contacto de una muger paria. El brahmin que dirigia la ceremonia en calidad de gran sacerdote, fué el primero en dar ejemplo para la huida, en lo que pienso debió entrar por algo ademas del horror al sacrilegio, el miedo que le ins-

piraria el krik malayo y el ademan resuelto de Sacontala. Pero en vano es huir la fatalidad del destino, cuando no es otra cosa que la voluntad del Parabrahma. El santo brahmin habia entrado en las aguas sagradas apenas hasta la cintura, cuando lanzó un grito horroroso, y se divisó un enorme cocodrilo que le tenia cogido por medio del cuerpo aprisionado entre sus anchas y formidables mandíbulas. Inútilmente trató de defenderse y de impetrar á gritos le socorriesen, los demas brahmines sentados á la orilla del rio, entonaron cánticos en loor de Vischnu y de los cocodrilos, muy satisfechos del suceso, porque pensaron que debía ser mas aceptable á Brahma el *sutti* de un santo padre que el de una muger como Romasa.

Escitada la atencion del pueblo con este motivo hacia el rio, abandonaron el cementerio donde no quedamos mas que Romasa, Sacontala, sus tres camaradas, mi huésped y yo. Me acerqué al jóven indo á felicitarle su arrojo en tanto que prodigaba á Romasa los mas tiernos cuidados y que sus tres compañeros atizaban el fuego.

—Franguis, me dijo, para hacer lo que he hecho se necesita menos valor del que imagináis. Desde luego conozco toda la cobardía de nuestros sacerdotes y la puerilidad de su superstición, y por lo mismo estaba seguro del efecto que produciría mi declaración.

—Pero el pueblo podía enfurecerse y cometer algún atentado.

—Ya había tomado precauciones para estar pronto á cualquier eventualidad. Desde ayer no soy pária, soy súbdito inglés y cristiano. Un destacamento del regimiento de guías mandado por un oficial superior se halla oculto detrás de ese grupo de palmeras y tamarindos que se descubre de aquí á quinientos pasos. Tenía orden de intervenir caso de

que fuese absolutamente necesario, bien para estorbar la consumación del *sutti* ó para protegerme contra las violencias de la multitud.

—¿Y qué? vais á hacer ahora?

—Regresar á mi aldea donde encontraré un sacerdote cristiano que bendecirá mi unión con Romasa, porque ya sabéis que nunca fué esposa de mi hermano.

—Pardiez exclamó mi generoso huésped de Patna; ahora venid todos á mi casa para cuidar de esta pobre niña; después cuando se haya restablecido de su terror iremos á la aldea del valiente Sacontala. Quiero servir de testigo y padre á Romasa, y si me aceptan por padrino me encargo de los vinos y del convite.

ESTUDIOS LITERARIOS.

EL P. M. FR. BENITO GERONIMO FEIJÓO.

Las obras de este sabio produjeron una fermentación útil, hicieron empezar á dudar, dieron á conocer otros libros muy distintos de los que había en el país, excitaron la curiosidad, y en fin abrieron la puerta á la razón que antes habían cerrado la indolencia y la falsa sabiduría.

SALAMANCA Y GUADALUPE. Ensayo de una biblioteca española.

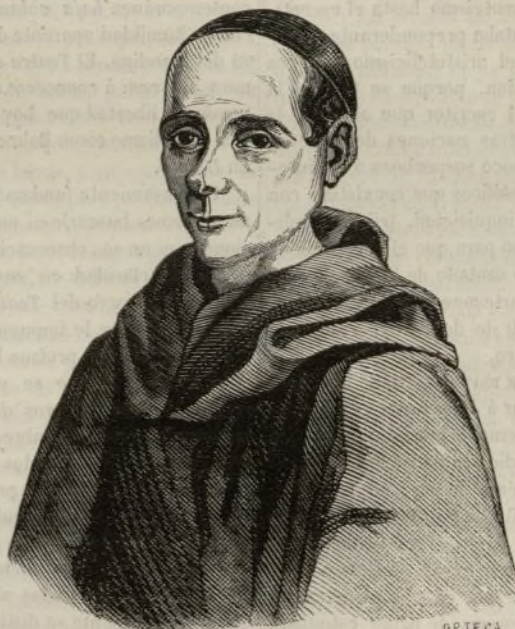
El siglo XVIII fué fecundo en talentos privilegiados que removieron los obstáculos que hacían mas lento el progreso de las ciencias y de las artes. No parece sino que las naciones de Europa se desafiaron para producir hombres sabios é inteligentes, y que el saber humano abrió un ancho palenque donde fueron combatidas las preocupaciones de los siglos pasados, y elevaron la humanidad en significación intelectual, haciéndose dueña de los secretos de la filosofía y de los misterios de la naturaleza. Entre tanto que Newton en Inglaterra y Casiri en Francia dedicaban sus esfuerzos á la importante resolución de la certeza confiada hasta entonces á las tradiciones científicas de otras edades, abandonando la rutina, que es la té de las preocupaciones filosóficas, Hospital y Tournefort en Alemania, Leibnith en Italia, Aguirre y Ferreras en España apelaban al criterio para negar á la autoridad el derecho incontestable que había usurpado á la investigación humana. La propaganda pensadora se desarrolló en las escuelas y se perfeccionó en los gabinetes de los literatos y en los laboratorios de los observadores. La indepen-

dencia filosófica descubrió senderos desconocidos y señaló nuevos derroteros al pensamiento humano. En los siglos anteriores la fé religiosa se comunicaba por una fuerza de expansión á los problemas científicos y literarios mas tarde se realizó el divorcio de las preocupaciones con los nuevos descubrimientos, y la filosofía experimental se hizo árbitra de los destinos intelectuales del mundo. Las antiguas convenciones de las bellas letras fueron reemplazadas por las controversias acaloradas de las aulas. A la autoridad reemplazaba el raciocinio. No bastaba heredar, era necesario adquirir. El antiguo *trivium* et *cuatrvivium* se colocó bajo la

duda de Descartes: *las Summas* de todas las profesiones bajo el principio revolucionario de Bacon de Verulamio.

Algunos escritores, después de hacer los mayores esfuerzos en la averiguación de la verdad, volvieron á correr el velo de la tradición por lo existente; otros mas impetuosos en sus ideas y mas constantes en su propósito, tanto se preocuparon con su benéfica influencia, que como dice un escritor respetable del siglo pasado, concluyeron por negarla. De aquí debían traer su origen dos escuelas: la de la tradición y la de la duda. Ambas eran perjudiciales por que representaban dos preocupaciones. La razón no capitulaba con la autoridad y la autoridad no transigía con el examen. Los unos creían ser grandes por negarlo todo, los otros, á trueque de

parecer grandes, negaban al hombre lo que concedían al tiempo. Nadie organizaba: en cualquiera de los dos sistemas había un principio falso por ser exajerado y de escasos re-



Feijóo.

ORTEGA

TOMO VIII.

14



sultados por no tener su origen en el convencimiento castigado por la investigación científica. Muchos escritores que tenían la madura reflexión de hermanar las causas tradicionales con la filosofía experimental, trataron de unir ambos extremos, y sino consiguieron su objeto con el buen éxito que era de esperar, lograron, sin embargo, contener los estragos de una porfiada lucha. Generalizando los principios de la verdadera crítica, alcanzaron el beneficio de que fuese adoptada insensiblemente por los que antes la habían repudiado.

Entre estos escritores debe hacerse particularmente mención del PADRE BENITO GERÓSIMO FEIJÓO, como uno de los eruditos mas distinguidos del siglo XVIII. Nosotros procuraremos examinar con tanta imparcialidad como circunspección las producciones de este incansable é inteligente diseminador de los conocimientos humanos y reconoceremos la influencia que tuvo como filósofo ó como compilador en el desarrollo intelectual de la Península.

El padre Feijóo nació en un pequeño pueblo, en Casdemiro, feligresía de Santa María de Meilas, obispado de Orense. Los innovadores no se presentan por primera vez en las grandes poblaciones: estas los reciben mas tarde en triunfo cuando sus contemporáneos hacen justicia á su mérito. El padre Feijóo nació cuando el escolasticismo era en España el árbitro de la investigación filosófica, en 8 de octubre de 1676. Era necesario que lo oscuro de su nacimiento y lo desconocido de su juventud no inspirasen graves temores á la filosofía aristotélica combatida en Italia por Valla, en Francia por Ramus y en España por Vives: por otra parte el testamento del escolasticismo español debía presentarse con un carácter venerable; debía ser monge. En medio de la confusión de escuelas que acompaña á todo período de transición filosófica, cuando por combatir el *peripato* revivían los sistemas antiguos de los griegos desde el panteísmo hasta el escepticismo en España, donde se presentaba preponderante el elemento religioso como defensor del aristotelicismo, no era aceptado el exámen y la observación, porque se temía á la *Reforma*. El filósofo innovador, el escritor que aceptase la iniciativa dada y promovida en otras naciones debía tener algun título para aparecer como poco sospechoso á la integridad de nuestros principios filosóficos que coexistían con nuestras creencias religiosas. La inquisición, tribunal religioso del trono, velaba sin descanso para que el obrero científico no revocase el mas pequeño símbolo de la fachada gótica de la iglesia ó de los dorados artesones de la monarquía. La revolución filosófica debía venir de donde habia salido la propaganda escolástica, del claustro.

El cultivo de las letras exige la mayor parte de las veces el generoso sacrificio de renunciar á la fortuna: es un culto desinteresado, que el talento, siempre morigerado y poco ambicioso hace al retiro y al estudio. El padre Feijóo abandonó la herencia que como primogénito le pertenecía, y á los catorce años de edad tomó el hábito de San Benito en el antiguo monasterio de San Julian de Samos. En Galicia recibió los primeros rudimentos de las bellas letras, sintiendo hácia su estudio esa atracción invariable que es el patrimonio de las inteligencias privilegiadas. Despues de haber estudiado las humanidades con aprovechamiento, sin defraudar las esperanzas de sus padres don Antonio Feijóo y doña Maria de Puga, vistió la cogulla de San Benito en Oviedo en 1688. La inteligencia, como el sol, se anuncia en los primeros albores de la juventud, que es la mañana de la vida; así, pues, la

universidad de Oviedo, exacta apreciadora del talento del padre Feijóo, despues de tenerle como discípulo, quiso conservarle como maestro en artes. Dotado de una asiduidad extraordinaria y de una memoria casi fabulosa, bien pronto se hizo sábio, y esta riqueza prematura le alcanzó despues los títulos de maestro general de la religion de San Benito, abad del colegio de San Vicente de Oviedo y catedrático de Santo Tomás, Sagrada Escritura y visperas de teología en la universidad, donde mas tarde arrastró los manteos de estudiante el elocuente Jovellanos.

En 1726 apareció el primer tomo del *Teatro critico universal* del padre Feijóo (1). No era esta la primera vez que se presentaba entre sus contemporáneos como escritor erudito y laborioso: desde 1724 habia compuesto algunos sermones y trabajos teológicos, asi como varios artículos que no tenían relación con su primer y mas aprovechado estudio, las letras sagradas. En 1740 se publicó el último volumen de su obra. En 1726 la señal estaba dada: durante diez y seis años debía tener lugar el frecuente y no interrumpido ataque entre la filosofía aristotélica y la filosofía experimental. Despues del *Teatro critico universal* de 1740 á 1746, bajo la modesta y humilde forma de *Suplemento*, y de 1746 á 1748 con el título de *Cartas eruditas*, que exigían poca unidad á su contenido y cierto espíritu de franqueza literaria, esplicó algunos lugares oscuros de su obra, impugnó á sus adversarios, presentó nuevas pruebas para sus refutaciones y destruyó muchos sofismas que en el transcurso de la impugnación se habian permitido escribir sus refutadores. Al padre Feijóo se le debe la importación de esa polémica viva, enérgica, impetuosa pero razonada que arrastra algunas verdades y descubrimientos entre el pedrisco de las personalidades. Hizo aun mas: del voluminoso tomo en 8.º hizo el folleto; algunas veces, la contemporánea *hoja volante* audaz y provocativa que llega con su humildad aparente desde la cámara real hasta la choza del mendigo. El *Teatro critico universal* era á la vez tomo y entrega: á conocerse entonces *el periódico* con la extensión y libertad que hoy día, el padre Feijóo combatiría al aristotelismo como Balme á la revolución: por medio de un *Diario*.

El pensamiento fundamental de la obra del padre Feijóo no debemos buscarle ni en sus principios, ni en sus refutaciones, ni en sus observaciones; en otra parte se distingue con mayor claridad: en sus impugnadores. A la aparición del tomo primero del *Teatro critico universal* no fué solo la filosofía la que le impugnó, la medicina la que condenó la invasión que un profano hacia en las teorías hipocráticas, ni la teología la que se vió amenazada por una autoridad respetable: sus primeros *discursos* causaron una verdadera sublevación en los hombres de los antiguos sistemas. El padre Feijóo no buscaba los desfiladeros de algun principio, sino que batía á la vez las preocupaciones, las tradiciones, los sistemas, los axiomas, la autoridad: arrojaba á sus contrarios las municiones apiladas en las aulas, y en medio del mayor desconcierto venían al suelo las antiguas fortificaciones escolásticas acostumbradas al fuego rápido de algun proyectil que trabajosamente se distinguía en los autos de fé ó que se apagaba en los húmedos calabozos de las prisiones de estado.

(1) En 1727 se volvió á imprimir este volumen: la dedicatoria del tomo III está firmada en San Vicente de Oviedo en 1728. En 1765 se hizo una segunda edición de toda la obra.

De esta manera y tomando en consideracion las consecuencias de su trabajo algunos consideraron al compilador como innovador. El padre Feijóo no inventó: aplicó. Fué un erudito é incansable diseminador de los descubrimientos filosóficos hechos en Francia é Italia. Se adelantó á su época: representó á la generacion que por un ridiculo y presuntuoso desagradecimiento rebajó su mérito al encontrarse mas adelante que sus generosos esfuerzos: representó á su generacion venidera. Contemplado á larga distancia, tiene algo del enciclopedismo, pero acercándose á él, colocándose en el punto de vista formado por la época en que vivió, no es mas que un incansable escritor de *memorias*: químico, físico, botánico, zoológico, viagero, teólogo, moralista, literato: todo menos escolástico. Este laborioso escritor cuyas obras parecen una coleccion de *memorias* tan en boga entonces, escritas por una sociedad de sábios que habian adoptado el apellido de nuestro ilustre compatriota, fué el primero entre nosotros que hizo aplicaciones de las ciencias naturales á la resolucion de las verdades morales, políticas y filosóficas. Apartó del bello estudio de las ciencias naturales el ampuloso follage, que como él mismo dice, ocultaba monstruosos absurdos é impedia que les iluminase la luz de las investigaciones y organizando el principio militante de la medicina hipocrática, consiguió que los esfuerzos de Piquer y Casas obtuviesen grandes y saludables consecuencias. Del padre Feijóo se puede decir lo que de la Francia, segun Mr. Guizot, con la diferencia que trabajaba el uno para España y la otra para Europa; por su pluma han pasado todas las ideas modernas antes de ser principios.

De admirar es en este monge benedictino, la fuerza de intencion, su atrincheramiento para combatir las preocupaciones y la legitima, pero audaz resolucion para perseguir los errores. Donde encuentra el sofisma, el engaño, lo persigue, lo aniquila, funda alli mismo un nuevo principio, una nueva deducción, algun problema tal vez suyo ó ageno, pero para las consecuencias es igual, y nunca descansa, porque para su mision descansar era tolerar. Tampoco teme que se levanten sus adversarios: hábil observador de la inclinacion del vulgo y de la indole de los hombres de letras, comprende que su obra será mal recibida de unos y otros, pero profundo erudito, espera mucho del debate; talento ingenioso encuentra nuevos medios para desarrollar su plan; monge ejemplar desconcierta las persecuciones que podian derivar de la libertad é independencia de sus *discursos*; español honrado merece el aprecio de los reyes y la amistad de los sábios. Páginas de su obra encontramos donde se pueden observar las condiciones de la polémica que se vió precisado á sostener con sus adversarios; sobre todo, con el vulgo literario, que es un enemigo oscuro y de villana condicion: estos son los *prólogos* de sus tomos.—He aqui como se anuncia en 1737.—«Lector mio: sea quien fueres no te espero muy propicio, por que siendo verosimil que estés preocupado de muchas opiniones comunes que impugno, y no debiendo yo confiar tanto en mi persuasiva ni en tu docilidad, que pueda prometerme conquistar luego tu aserto, ¿qué sucederá sino que firme en tus antiguos dictámenes, condenes como inicuas mis decisiones?» Mas adelante añade: «trata mis opiniones de descaminadas por peregrinas, y convengamos los dos en que tú me tengas por estravagante, yo á ti por rudo.» Obsérvese que segun el padre Feijóo era menester rudeza en el lector para calificar al autor de *estravagante*. En estas

pocas líneas están presentadas las convicciones de este escritor acerca del estado literario y filosófico de los españoles en el siglo XVIII.

En el prólogo del tomo 2.º ya no vaticina, sino que acrimina; «segunda vez parezco en público, dice el padre Feijóo, á leer invectivas y oír aclamaciones» y no acomete á sus adversarios con la veneracion del que recibe algun consejo desde una elevada altura, sino con la dureza capaz de remover el duro cascajo que en todas épocas enturbia el cauce de la civilizacion. El padre Feijóo encuentra entre sus impugnadores á «otro linage de censores mas dignos de compasion que de enojo.... pobres incapaces condenados á la ignorancia de por vida, cabezas de cal y canto, *cerebros amasados en el error*, callosos por todas partes el discurso, *para quienes toda novedad es mentira, toda vejez axioma....* salgo al campo sin mas armas que el raciocinio y la esperiencia, con las mismas se me ha de combatir.» En los tomos sucesivos no se ocupa de sus adversarios como de sí mismo: defiende su originalidad; no se comprendia en un hombre las innumerables facetas de aquella inteligencia privilegiada y buscaban en numerosas compilaciones la fuente de su instruccion; en *Les memoires de Trevoux* y en *Le journal de Szavans*. Por conceder oportunidad y exactitud á algunos de sus *discursos*, negaban la originalidad á su autor. Vencidos en este terreno, apelaron á los anónimos: las amenazas y los dictérios se estrellaban contra la voluntad invariable del padre Feijóo. Eran armas despreciables, que ni aun dejaban una pequeña señal en su coraza de hierro.

Los estrangeros hacian justicia á la asiduidad del padre Feijóo: sus *discursos* eran traducidos y sus *Cartas eruditas* analizadas con una critica razonada. Gracias al múltiple carácter con que se presentaba combatiendo los sofismas filosóficos y los errores de la medicina, ya escritor moral, ya pensador político, mereció entre sus contemporáneos ilustrados el título que mejor podia simbolizar su talento. A nuestro ilustre benedictino se le consideraba como el *primer escritor didascálico de su época*. Hé aqui las palabras textuales de un critico inteligente, el padre Andrés (1), las cuales son á la vez un exámen razonado de las condiciones que tenia el padre Feijóo como escritor público y de la exactitud de nuestras observaciones acerca de la consideracion que merecia entre sus contemporáneos «Feijóo, Juan, Ulloa, Ortega y otros físicos, matemáticos y naturalistas.... y otros articularios y eruditos de toda especie, dan una clara prueba del ardor que anima á España en los buenos estudios.... Pero de todos los escritores didascálicos de España ninguno ha obtenido en este siglo, aplauso mas universal que el docto benedictino Feijóo. La variedad y amenidad de las materias, la erudicion, la critica y agudeza de ingenio con que las trata, y la *novedad que entonces causaban tales argumentos á la mayor parte de los españoles*, debian acarrear maravilla y gusto á los lectores de su obra. Pero pasando á su elocuencia, creo que el órden en esponer las materias, la fuerza y vehemencia en proponer sus razones y apoyirlas en oportunas comparaciones y ejemplos propios, la sagacidad en prevenir las objeciones y la destreza en satisfacerlas enteramente, el arte de hacer algunas cosas gratas

(1) Origen, progresos y etc. etc. de toda la literatura, por el abad don Juan Andrés, traducida al castellano por don Carlos Andrés.—Madrid MDCCCLXXXIV.—Tomo V.—Elocuencia.—pag. 227.

y otras odiosas, dan derecho á Feijóo para obtener sin disputa alguna las alabanzas de la elocuencia didascálica, además de que su locucion resplandece con las luces de las figuras; fluida y armoniosa corre con maravillosa rapidez.»

Hasta aquí examinamos en conjunto la influencia que ejerció el padre Feijóo en el desarrollo de la civilización española: veamos ahora por un análisis rápido de sus discursos, las principales reformas filosóficas y científicas que se propuso establecer entre sus compatriotas. El padre Feijóo recorre todas las ciencias, se detiene en todas las preocupaciones y combate todos los errores. Véanse sino los principios consignados en sus discursos; la historia, la geografía, la astronomía, la filosofía, la moral, la religión, todos los ramos del saber humano contribuyen á su propósito: en todas partes encuentra el error que á vuelta de pasar de generación en generación ocupa el lugar de la verdad.

Su primer discurso es la verdadera introducción á la obra: es la completa demolición del churrigueresco monumento de la tradición. Combate que *la voz del pueblo sea siempre la voz de Dios*; la voz de la inteligencia, la voz de la justicia, la voz de la razón. Empieza por negar al vulgo la autoridad, y después que divisa el número de impugnadores preocupados que le salen al encuentro, por lo que se presentará mas tarde enemigo de *la virtud aparente* (1), retrata al hipócrita con hábiles colores, apunta los males que se derivan de la hipocresía, y valiéndose de los ejemplos de Pedro Abelardo y los calvinistas de Lizieux, protesta contra la intolerancia. Observador independiente, cree que las acciones humanas son producidas mas por el vicio que por la virtud, y sin reconocer tal vez la doble significación de este pensamiento, se adelanta á Rochefoucauld en una de las mas sombrías y aterradoras aputosias del corazón humano.—El enciclopedismo fué mas esplicito: dijo por boca de un partidario de *la Fronde*, que las virtudes no eran mas que los vicios hábilmente disimulados.

Como filósofo presenta las siguientes proposiciones apoyadas en argumentos sólidos y prolijos.—La riqueza es compañera inseparable de la avaricia y de la fatiga ambiciosa; el mundo no ha empeorado, y Maquiavelo no inventó, sino que recogió un sistema derivado de hechos aislados (2); en España se cree demasiado para buscar la verdad (3); el mundo no envejece moral (4) ni físicamente; (5) todo en la naturaleza deriva de causas comunes; el instinto y el sentimiento constituyen la racionalidad de los brutos; el aristotelismo de las aulas es erróneo como cualquiera otro sis-

tema (1); la naturaleza ha peregrinado con sus grandes y maravillosos productos; la fé humana es falible (2); la nobleza debe ser personal (3); la posesión es regla del vulgo; el amor propio es causa del error universal, principio fundamental de las *reflexiones y máximas* del duque de Rochefoucauld; lo máximo vale menos que lo mínimo; el amor es una pasión elevada y las mugeres son aptas para las ciencias y las armas. (4)

Veamos ahora al padre Feijóo como enemigo irreconciliable de las preocupaciones. Este ilustre benedictino ridiculiza la astronomía judiciaria, la influencia de los eclipses, cometas y años climatéricos; combate las artes adivinatorias, los animales fabulosos, las profecías supuestas, las modas, el uso de la magia, impugna los dias criticos, la anti-peristasis, los saludadores, los duendes, los zahoris, las propiedades fabulosas de la salamandra, los tritones, las nereidas, el carbunco, el purgatorio de San Patricio, la piedra filosofal, niega su origen sobrenatural al toro de San Marcos y á algunos milagros supuestos (5), no sujeta á ningun cálculo la venida del Ante-Cristo, destruye las preocupaciones del vulgo acerca del color etiope, y exacto apreciador del abuso que se hacia de una festividad religiosa, presenta profundas observaciones sobre el número excesivo de romerías, donde *habla la lengua mas de lo que dicta la razón, y donde á la sombra del bullicio crece en un sexo el atrevimiento, y en otro la confianza* (6). Cinco discursos publica para destruir muchas paradojas físicas (7) matemáticas (8) y médicas (9). Hace aun mas: presenta la importancia de la física para la moral: principio eminentemente revolucionario para el escolasticismo de las universidades.

(1) En este discurso opina que aunque sea mucho el mérito de Aristóteles no debe ser considerado como una autoridad, calificando como error de trascendencia que su filosofía, repudiada por todos los herejes sirva mejor para el catolicismo. Cita el origen de su celebridad en Europa, combate el interés de la teología escolástica y de la dogmática en sostener la atrasada física de Aristóteles. Por último, rebate que los SS. PP. se hubiesen decidido únicamente por el Estagirita cuando citaban tambien á Platon y otros filósofos.

(2) «Es menester examinarla á la luz de la razón y del juicio de los criticos.» (Disc. I. Tom. V.)

(3) El titulo del discurso II del tomo IV es el siguiente: *Valor de la nobleza é influjo de la sangre*. He aquí como se explica acerca de ella: «De nada se debe hacer menos vanidad y de nada se hace mas. La virtud de nuestros mayores es suya, no es nuestra. Otro cualquiera atributo es propio de la persona, este forastero.»

(4) Se conoce que la muger era entonces considerada en España como poco merecedora del cultivo de las letras. El elocuente Jovellanos en una memoria leída en la Sociedad económica de Madrid, sobre si debian ser admitidas en ella las señoras, citada por Cean, dice lo siguiente «Llamemos á esta morada del patriotismo á aquellas ilustres almas que han sabido preservarse del contagio; honrémoslas con nuestro aplauso, con nuestras consideraciones; hagámoslas un objeto de emulación y competencia en medio de su sexo; abramos estas puertas á las que vengan á imitarlas, inspiremos en todas el amor á las virtudes sociales, el aprecio de las obligaciones domésticas, y hagámoslas conocer que no hay placer ni verdadera gloria fuera de la virtud.»

(5) Estos alimentan la falsa piedad, y por lo mismo deben ser combatidos por la sana filosofía. (Disc. VI. Tomo III, pág. 117).

(6) Disc. V. *Peregrinaciones sagradas y romerías*. Tom. IV pág. 5. El padre Sarmiento y el erudito Campomanes tambien las combatieron económica y religiosamente.

(7) Disc. XIV. Tom. II. Disc. XI tomo V. Disc. XIII. Tom. VII.

(8) Disc. VII. Tomo III.

(9) Disc. X. Tomo VIII.

(1) Tomo IV. Disc. I.

(2) El padre Feijóo dedica el discurso IV, del tomo V para probar el maquiavelismo de los antiguos.

(3) El padre Feijóo «desea conservar la fé, pero seguir descubriendo la verdad. Un extremo es adherirse á lo antiguo: el otro inclinarse á lo nuevo. En las naciones extranjeras pecan muchos en el segundo extremo: en España casi todos en el primero.» (Tomo II. Disc. I.)

(4) En este discurso se encuentra la impugnación de este principio bellisimamente espresado en estas palabras: *al paso que el hombre iba poblando la tierra, la iba desolando la culpa*. (Disc. VII. Tomo II.)

(5) Aquí combate á Descartes y Gassendo, como resucitador de Epicuro, imaginando que el universo es el movimiento de las partes de la materia reunidas y que antes estuvieron separadas. (Disc. VIII. Tomo I.)

Después de asegurar que nada hay seguro en medicina (1), proposición que con algunas correcciones acogió el doctor Martín Martínez (2) y que combatió el doctor Ros (3), la purga del escolasticismo (4) y examina á la luz de la filosofía los fenómenos mas sorprendentes de la naturaleza (5). Reformador como hombre de letras, afirma que las ciencias tienen sus hipótesis, ridiculiza los doctos de las universidades, asegura que es menester no quimerizar en lógica y metafísica, aconseja una cautela prudente para la aceptación de los fenómenos naturales, presenta el abuso de las disputas verbales, cree que deben reducirse las Sumulas (6) y desenredar los sofismas, y por complemento á su plan organizador para plantear los estudios superiores, juzga que será conveniente establecer con exactitud el dictado de las aulas (7).

He aquí las proporciones gigantescas del pensamiento del padre Feijóo. No es una especialidad que hace un experimento ó reconoce la aplicación de una nueva doctrina, sino una generalidad inteligente, que emplea los tesoros de una vasta y no interrumpida instrucción, para señalar el derrotero que la inteligencia humana debía seguir para los grandes y elevados descubrimientos.

Sus discursos no tienen plan, carecen de hilación, representan cierta negligencia en buscar un principio que los presente, nunca podrían servir para un diccionario, sino para algunos tomos de memorias; sin embargo, á vuelta de ese desorden holgado y voluntario se estreve la elaboración misteriosa é incansable de un ataque lento y reposado, pero seguro y certero, á los errores de las ciencias y á las preocu-

paciones de los pueblos. Cuando no está satisfecho de algunos discursos de su obra, él mismo los ilustra y comenta (1). El idioma empleado en el *Teatro crítico universal* es la fórmula reveladora de su pensamiento fundamental. La ciencia buscaba en la lengua latina el elevado magisterio de la doctrina, creando una pequeña generación de eruditos en medio de la inmensa generación del vulgo literario. El padre Feijóo se divorcia del lenguaje de las academias y escribe en castellano, popularizando sus doctrinas, desautorizando el monopolio literario, y estableciendo la discusión en el habla que había conducido al melifluido y dulce fray Luis de León á los calabozos del Santo Oficio.

Concluyamos. Terminada esta rápida é insignificante reseña de la influencia que ha tenido el padre Feijóo en el desarrollo de la civilización española, y analizadas con la mayor precisión las ideas emitidas por este sabio benedictino en sus discursos, solo nos resta presentar á nuestros lectores las últimas noticias necrológicas que se conservan de su modesta y retirada vida de monje.

Fernando VI le honró con los honores de consejero; Carlos III le regaló en prenda de amistad un ejemplar de la magnífica edición de *Las antigüedades de Herculano*; Campomanes le prometió honores y riquezas si se apartaba del claustro, lo que rehusó con la mayor generosidad, y su paisano, el erudito padre Sarmiento, haciendo justicia al mérito del *Teatro crítico universal* (2) publicó una *Demonstración crítico-apologetica* (3) en apoyo de algunas doctrinas presentadas en sus discursos.

Este laborioso benedictino fué uno de los pocos escritores que como Voltaire y Chateaubriand sobrevivieron á su popularidad. Trémulo, rendido por sus frecuentes dolencias, angustiado por no poder continuar sus ocupaciones frívolas (4), conducido en un pequeño carro por los novicios de la orden hasta donde podía recibir los bienhechores rayos del sol, contemplaba á los ochenta y siete años de edad, que la semilla esparcida en sus obras, producía lentos, pero sazonados frutos. Se apagaba poco á poco el nombre de Feijóo, pero renacían las impugnaciones á sus discursos. Nueve ediciones vió de sus obras: era la posteridad de sí mismo.

El 26 de setiembre de 1764, falleció en el monasterio de San Vicente de Oviedo. A poco mas que hubiera vivido se combatiría á sí propio como estacionario en algunos descubrimientos y preocupado en alguna de sus impugnaciones.

Un crítico respetable ha dicho en la lengua de Cervantes, que debía elevarse en honor del padre Feijóo una estatua á cuyo pie se entregarían á las llamas sus numerosas obras. ¡Terrible apoteosis! Nosotros creemos que sería, cuando menos mas benévolo y honroso á su memoria, confiar á una pluma hábil y experimentada, el exámen de sus discursos y colocarlo después de su retrato al frente de una obra que esplicase los adelantos literarios y científicos de los españoles en el si-

(1) «Todo en medicina es disputado; luego es dudoso.» [Disc. V. Tomo I.]

(2) «Carta defensiva que sobre el primer tomo del Teatro Crítico universal que dió á luz el Rmo. V. M. Fr. Benito Feijóo, le escribió su mas aficionado amigo don Martín Martínez, doctor en medicina, etc.» (escrita en 1720). En ella se encuentran estas concesiones honrosas para el padre Feijóo. «Solicita V. Rma. desterrar los errores populares, empeño tan propio de su generoso y nada vulgar ingenio, como de su estendida y no comun erudición.» «Solo es detestable quien satisfecho con la ruin mecánica de tener que comer, se olvida de la noble tarea de buscar que enseñar.» (Teatro crítico universal. Tom. II. pág. 289).

(3) Al fin del tomo II del *Teatro crítico universal*, se ha publicado la contestación del padre Feijóo al doctor don Martín Martínez, y la contra impugnación del doctor Ros, con el título de *Veritas vindicata adversus medicinam vindictam*. El doctor Ros le había impugnado en latin: Feijóo le imitó y publicó su traducción al castellano completando el tomo III. pág. 112.

(4) Al mismo tiempo que Martínez en Valencia, Seguer, Jackson, Haguett, Mengeti, la academia Cesáreo-Leopoldina y algunos otros purgaban á la medicina de los errores aristotélicos «hasta un erudito monje, cuya profesion es tan distinta de la médica, (habla del padre Feijóo), contribuyó no poco á la reforma de la medicina, y tanto las razones como la elocuencia y autoridad de un escritor tan respetable movieron á muchos á seguir el buen camino en el estudio y uso de su profesion.» ABATE ANDRES.

(5) Discurso VIII. Tomo VI.

(6) «Consumense en el curso de artes tres años con poquísima utilidad de los oyentes, la cual podría ser sin comparación mayor y aprovecharse con grandes ventajas aquella preciosa porción de la edad juvenil.—En algunas escuelas se da un curso entero al estudio de las Sumulas. ¡Qué tiempo tan perdido! En dos pliegos puede comprenderse cuanto hay útil en las Sumulas.» (Disc. XI. Tomo VII).

(7) El doctor don Juan Martínez Lesaca en el último capítulo de su *Apología escolástica en defensa de las universidades de España, contra la medicina escéptica del doctor Martínez*, impugnó algunas cuestiones médicas presentadas por el padre Feijóo. Este sabio benedictino le contestó en el disc. IV del tomo IV.

(1) El padre Feijóo escribió una *Ilustración apologetica* al primero y segundo tomo de su obra, donde presentó mas de cuatrocientos descuidos, á su impugnador don Salvador José Mañer, autor del *Anti-teatro*.

(2) «Solo se le impugnaba porque no se entendía.» (SARMIENTO).

(3) Madrid. 1751.

(4) Así calificaba á algunos escritos sueltos y poesías. (Véase la noticia de la vida y obras del M. I. y R. P. D. Fr. Benito Gerónimo Feijóo, etc., que se halla al principio del *Teatro crítico universal*. Edición de Madrid de 1778.)

glo XVIII. La estatua del padre Feijóo, antes que nacional debia levantarse como provincial, empero contentémonos por ahora con la idea de que Galicia podrá tributar este respetuoso homenaje á su primera gloria literaria, allá cuando posea un museo provincial, y carreteras que faciliten al viajero la apreciación de las riquezas artísticas y científicas que se conservaban bajo los claústros de ricos y suntuosos monasterios. Por de pronto el heredero de estos tesoros fué el monopolio.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA.

FANTASIA.

Noche
triste
viste
ya,
aire,
cielo,
suelo,
mar.
Mirando
del mundo
profundo
solaz,
esparcen
los sueños
belenos
de paz.
Y se gozan
en letargo,
tras el largo
padecer,
los heridos
corazones
con visiones
de placer.
Mas siempre velan
mis tristes ojos,
ciñen abrojos
mi mustia sien;
sin que las treguas
del pensamiento
á este tormento
descanso den.
El mudo reposo
fatiga mi mente,
la atmósfera ardiente
me abrasa dó quier,
y en torno circulan
con rápido giro,
fantasmas que miro
brotar y crecer.
¡Dadme aire! necesito
de espacio inmensurable,
do del insomnio al grito
se alce el silencio y hable!
Lanzadme presto fuera

de angostos aposentos....
¡quiero medir la esfera!
¡quiero aspirar los vientos!
Por fin dejé el tenebroso
recinto de mis paredes,
por fin ¡oh espíritu! puedes
por el espacio volar:
mas ¡ay! que la noche oscura,
cual un sarcófago inmenso,
encubre con manto denso
calles, campos, cielo y mar.
Ni un eco se escucha, ni un ave
respira turbando la calma;
silencio tan hondo, tan grave,
suspende el aliento del alma.
El mundo de nuevo sumido
parece en la nada medrosa,
parece que el tiempo rendido
plegando sus alas reposa.
¡Mas qué siento!.... ¡balsámico ambiente
se derrama de pronto!.... El capuz
de la noche rasgando, en Oriente
se abre paso triunfante la luz.
¡Es el alba! se alejan las sombras,
y con nubes de azul y arrebol
se matizan etéreas alfombras,
donde el trono se asiente del sol.
Ya rompe los vapores matutinos
la parda cresta del vecino monte:
ya ensaya el ave sus melifluos trinos:
ya se despeja inmenso el horizonte.
Tras lengua noche de vigilia ardiente
es mas bella la luz, mas pura el aura:
¡cómo este libre y perfumado ambiente
ensancha al pecho, al corazón restaura!
Cual virgen que el beso de amor lisonjero
recibe agitada con dulce rubor;
del rey de los astros al rayo primero
natura palpita bañada de albor,
Y así cual guerrero que oyó enardecido
de bélica trompa la mágica voz,
él lanza impetuoso, de fuego vestido,
al campo del Eter su carro veloz.
Yo palpito tu gloria mirando sublime
¡noble autor de los vivos y varios colores!
¡Te saludo si puro matizas las flores!
¡Te saludo si esmaltas ardiente la mar!
En incendio la esfera zafireá que surcas
ya convierte tu lumbre fulgente y fecunda,
y aun la pena que el alma destroza profunda
se suspende mirando tu marcha triunfal.
¡Ay! de la ardiente zona do tienes almo asiento
tus rayos á mi cuna lanzaste abrasador....
¡por eso en ígneas alas remonto el pensamiento
y arde mi pecho en llamas de inextinguible amor!
Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine;
mis lágrimas reflejen destellos de tu luz;
y solo cuando yerta la muerte se avecine
la noche tienda triste su fúnebre capúz.
Que horrible me fuera brillando tu fuego fecundo
cerrar estos ojos que nunca se cansan de verte,

en tanto que ardiente brotase la vida en el mundo
cuajada sintiendo la sangre por hielo de muerte!
¡Horrible me fuera que al dulce murmurio del aura
unido mi ronco gemido postrero sonase!
¡Que el plácido soplo que al suelo cansado restaura
el último aliento del pecho doliente apagase!
Guarde, guarde la noche callada sus sombras de duelo,
hasta el triste momento del sueño que nunca termina;
y aunque hiera mis ojos cansados por largo desvelo,
dale ¡oh Sol! á mi frente, ya mística, tu llama divina.
Y encendida mi mente inspirada, con fervido acento
al compas de la lira sonora, tus dignos loores
lanzaré fatigando las alas del rápido viento,
á do quiera que lleguen triunfantes tus sacros fulgores.

G. G. DE AVELLANEDA.

EL TEMPLO DE LAMA

EN LA LLANURA DE ASTRACHAN.

FRAGMENTOS DE UN VIAGE SOBRE EL VOLGA.

..... El sol no lucia ya en el cielo
cuandopusimos el pie en tierra. El último reflejo de sus rayos

se percibia aun en el horizonte como una ancha tela de color de amaranto, y de minuto en minuto esta tela palidecia; tan pronto era rosa, tan pronto blanca, tan pronto gris, y antes de media hora debia ser negra, y corrimos saltando al traves de las altas yerbas de la llanura desesperando de llegar mas pronto que la noche. Era, sin embargo, preciso saber á todo precio lo que era aquella especie de gran fantasma en medio del desierto, pues desde que nos aproximamos habia cambiado ya de forma lo menos veinte veces; no era una elevada tienda, no era una torre, no era tampoco una iglesia, y no sabiamos dar nombre á lo que veiamos. En fin, estamos á dos pasos y llegamos alli y quedamos inmóviles y maravillados. Esto era una especie de palacio de anchurosos pórticos con columnas y campanarios chinos de cien pisos, con mil festones; era una pagoda de la China ó del Indostan; era un palacio de porcelana del que habia que tener gran cuidado para que no se rompiera. ¿Quién le ha colocado en medio de aquella gran llanura? ¿Qué nuevo pueblo le ha edificado para su templo? Esto no puede ser obra de aquellos calmuco tan miserables, tan brutos, tan bárbaros; se creeria que aquello era una especie de espejo de noche. Y hé aqui, no obstante, en nuestro derredor, por el campo las tiendas á millares. A las últimas luces del día se las distingue como puntos ne-



Vista del templo de Lama.

gros sobre aquella gran superficie que no tiene fin. No puede dudarse que es una poblacion de tiendas, una ciudad de un pueblo errante. Un rayo de fuego viene á brillar en el templo; ¿algún sacerdote sustenta cerca del dios Lama la

llama eterna? ¡Qué silencio reina en estos lugares! ¿Es el viento, ó el viento y el agua, los que vienen de repente á hablar? ¿Es un ave que hemos hecho huir de una de aquellas galerias abiertas, y cuyo vuelo resuena al partir por los

aires? No, es un caballero que pasa como una sombra y se pierde en la llanura; hé aquí su caballo que jadea; se oye un momento el ruido que huye, y despues viene otra vez el silencio con la noche negra, y la pagoda que se destaca en el fondo, siempre esbelta y conservando en la oscuridad sus formas aéreas..... Al paso que caminábamos, el príncipe comenzó á darme algunos detalles acerca de la famosa pagoda y sobre las ceremonias religiosas que se practicaban allí en honor del gran Lama. Me dijo primero que este templo no tenia mas que doce años de existencia y que su hermano habia sido el arquitecto de él. Su hermano, decia, habia agotado toda su ciencia en los libros chinos, y segun la costumbre de los calmuco, habia conseguido formarse un estilo esclusivo, un estilo para su nacion, que hasta entonces no habia tenido otros lugares para su rezo y sus adoraciones, que una simple tienda, adornada de santas imágenes, y este templo habia sido la primera patria de su pueblo. Todos los calmuco partian aun por las llanuras lejanas durante el verano, pero regresaban por el invierno para agruparse en derredor del palacio de su dios y de su príncipe. Una sola cosa habia podido compensar su amor por la libertad: ¡¡el amor de su dios!!! Y hablando de esta manera llegamos delante de la fachada del templo. El dia no le hacia perder nada de su gracia y de su elegancia, y admiramos con nuevo placer aquella arquitectura aérea que nos habia seducido tanto la vispera. Subimos el príncipe y yo á la gran galeria que se estiende en toda la longitud del edificio, y desde allí, nuestras miradas abrazaron con admiracion el campo que nos rodeaba..... Pero dos calmuco se dirigian hácia la puerta del templo, el uno vestido con una grande túnica encarnada sin pliegues, y el otro con una amarilla de la misma forma; ambos llevaban un gorro amarillo y adornado con una especie de cinta encarnada; la cabeza la llevaban rapada y los pies desnudos.—Estos son los dos papufes, me dijo el príncipe, que vienen á abrimos el santo lugar. Bajamos, y cuando estuvimos á bajo, se habia ya tendido para nosotros un tapiz sobre el vestibulo, y el incienso se habia ya propagado con su perfume oriental. El interior del templo no deslumbró nuestros ojos por su brillo y su riqueza, sino por su carácter y extravagancia. Está formado como nuestras iglesias; está enteramente pintado de azul, excepto en la parte superior de cada una de sus bóvedas que imitan otros tantos arcos iris. Santas imágenes semejantes enteramente á personajes chinos, cubren las paredes y principalmente la de la nave. En el fondo de la nave está el santuario formado por medio de bóvedas doradas, y en el fondo de este santuario está el dios Lama, especie de muñeca dorada, con un gorro de oro macizo, y vestida con una túnica de gasa de oro, en ademan de abrir el abanico. Detras de este dios hay una imagen de otro poderoso dios, y debajo una mesa, en medio de la cual está una especie de cáliz con cuatro asas. Esta mesa aparece tambien cubierta de pequeñas tazas de oro y plata llenas de flores secas, ofrendas de los fieles. Por último, delante del santuario, sobre una tabla añadida en su base hay otros donativos, otras ofrendas, y el vaso de plata que contiene el agua bendita, sosteniendo encima la pluma de un pavo real. Esta tabla se encuentra igualmente á cada uno de los lados, en el fondo de los cuales hay ademias una imagen y muchas ofrendas. Este santuario recuerda los santuarios rusos: hubiera deseado asistir á una ceremonia y ver á todos aquellos papufes sentados en linea

sobre sus rodillas, tocando las trompas y los tímboles; pero en este momento todo el gran servicio está en la llanura, y no quedan de los doscientos papufes que servian el templo, mas que los dos que nos conducian.

LA MUERTE DE BARBARROJA.

I.

Grande era la animacion que reinaba en el puerto de la antigua Mytilene, hoy Metelin, capital de la isla de Lesbos. Las diversas navés ancladas en el puerto, alguna que otra que, viniendo de remotos países, entraba cargada de riquezas apresadas por los intrépidos corsarios, las barcas de los pescadores que salian á echar sus redes, los cantares de marineros y grumetes, y la fresca brisa que agitando mansamente las olas, movia tambien las velas y banderolas de los buques amarrados en la rada, todo parece que inspiraba alegría y presentaba ese cuadro de extraordinaria animacion, tan frecuente en los puertos de mar. Ningunos, entre cuantos se hallaban ocupados en las faenas del puerto, gozaban tanto con aquel espectáculo como dos jóvenes, naturales del mismo Metelin, ambos á dos de formas atléticas, de color moreno, de ojos negros y vivos, y de negra y abundante cabellera. Nacidos ambos en la ínfima clase del pueblo, nada tenian de lo humilde de su nacimiento y todos sus pensamientos eran elevados y todo su conato era el perder de vista los edificios grises de Mytilene y sus rústicos techos, desde la popa de un velero bergantin ó de otra nave de corso.

He aquí por lo que para los dos jóvenes, para los dos hermanos Horruc y Aradin Barbarroja, tenia tantos atractivos la arriesgada vida del marino y por lo que se extasiaban tanto en la contemplacion del mar, ya éste se presentase en calma y sin que el mas ligero soplo rizase su vasta superficie, ya el viento soprase con violencia levantando olas furiosas que viniesen á estrellarse contra las rocas de la costa, mientras que el relámpago rasgaba las nubes y el trueno retumbaba en los aires.

Llegó por fin un dia en el que los dos jóvenes pudieron manejar las armas, y en el que, abandonando la barca del pescador, pasaron á un buque de guerra para alejarse de las costas de su isla: ya no vivirian en ella ignorados y pobres, ya tendrian esa vida de peligros y de emociones, en pos de la cual vendria un nombre al que no alcanzase el olvido, sino que fuese mil veces repetido por las venideras generaciones.

Estos sueños dorados no habian de tardar en realizarse, y la carrera de marino, tan llena de amargas decepciones, fué en extremo favorable á los dos piratas en sus primeras campañas. Poco tiempo despues de su partida, una vela blanca se destacó en el lejano horizonte y en seguida una corbeta ligera y graciosa entró balanceándose en el puerto de Metelin. Dos hombres bajaron á la chalupa y saltaron en tierra para abrazar á sus compatriotas: eran los Barbarrojas, gefes y dueños de aquel buque, primera muestra de su valor y de sus triunfos.

II.

Una vez lanzados á la arriesgada y aventurera existencia de los marinos, que tanto cuadraba con su genio emprende-

dor, los hermanos Barbarrojas consiguieron repetidos triunfos, hicieron riquísimas presas, y aumentando su crédito, engrosaron también las filas de los que, tan arrojados como ellos, venían á unirseles en busca de gloria y de fortuna. En las

primeras campañas y escursiones marítimas, Horruc, que era el hermano mayor, tenía el mando, y Aradin el menor, servía á sus órdenes y solo en la ausencia de Horruc ejercía su misma autoridad; pero muy en breve los dos hermanos se halla-



Muerte de Barbarroja.

ron en disposicion de tener cada uno flota propia y de ser, no solo gefes de ella, sino de otros piratas no menos audaces y belicosos. Horruc, el mas temible en los mares, que luego creyó no hallar en ellos rival que se le opusiese, solo cifró

en un objeto toda su ambicion. Solo ansiaba tener una ciudad, un puerto adonde retirarse despues de los combates y donde poner en seguridad todas sus presas. La suerte que entonces le favorecia, le presentó en breve una ocasion que

el ambicioso pirata supo bien no desaprovechar. Selim Eute-mi, príncipe de Argel, miraba con recelo el engrandecimiento de los dos hermanos y había llegado á un rompimiento con Aradin, el mismo que años después había de sostenerse en Tunez contra el emperador Carlos V, pero que entonces no se hallaba con medios para acometer ninguna empresa arriesgada. Horruc, fingiéndose mediador en esta desavenencia, cuando no aliado de Selim, logró que se le abriesen las puertas de Argel en 1548; imprudencia de la que bien pronto se arrepintieron los habitantes. Horruc había adoptado la mas atrevida resolución, y después que con disimulo hizo á los suyos que se apostasen en los principales puestos de la ciudad, se dirigió intrépido á la Alcazaba, con una brillante y selecta comitiva. Allí le esperaba Selim rodeado de sus cortesanos, y cuando todos esperaban que Barbarroja, pusiese á su disposición su espada y su flota, el corsario presentándose con altanería y sin guardar la mas mínima deferencia con el monarca, le dijo:

—Salid pronto de aquí: ya Argel está segura de los españoles: ya hay en esta ciudad quien la sepa defender.

Atónito Selim, recordó enérgicamente á Horruc bajo que condiciones se le había franqueado la entrada en la ciudad; pero el pirata, ya exasperado, le dijo:

—¡Imbécil! ¿Has podido presumir que yo pudiera entrar aquí de otro modo que como vengador de las ofensas de mi hermano?

—¡A las armas! gritó el desventurado Selim.

—Apoderaos de su persona, dijo el pirata á sus secuaces, que se precipitaron sin tardanza sobre Selim.

—¿Traicion! ¡traicion! clamaron los argelinos, desnudando los sables.

La lucha fué corta y desesperada: los argelinos, ni pudieron esparcir afuera la voz de alarma, ni tampoco abrirse paso con sus sables. Las puertas estaban tomadas y solo los feroces soldados de Barbarroja acudían por todas partes. Viendo que la salida es imposible y que el morir es forzoso, los argelinos venden bien caras sus vidas, y en breve el pavimento del régio salón se inunda de sangre y se cubre de cadáveres. Allí fueron los argelinos degollados al fin sin misericordia, sin que cesase la horrible carnicería, hasta que Horruc vió rodar también por el suelo la cabeza de Selim.

Entonces resonó un cañonazo en la Alcazaba á cuyo estampido contestaron con júbilo los soldados del pirata y algunos secretos parciales que tenía entre el pueblo, oyéndose en varios puntos de la consternada ciudad los gritos de

—¡Viva Horruc Barbarroja! ¡Viva el soberano de Argel!

III.

Tan señalado triunfo y tan á poca costa conseguido, la posesión de una ciudad tan importante á la que siguieron otras de la costa, y el aumento de la escuadra y soldados de Barbarroja envanecieron á éste en términos de poner sus pensamientos donde nunca su ambición y su osadía osaran alcanzar. Su primer cuidado fué declararse vasallo del emperador de los turcos, enemigo harto poderoso para resistirle y con el que convenia estar de acuerdo para hacer frente á otros enemigos exteriores. Exento ya de inquietudes el audaz pirata respecto al goce de su usurpación, se atrevió á desafiar el poder de los españoles, no solo destruyendo al rey de Tremecen aliado de ellos, sino apresando y

dando caza en alta mar á cuantos buques divisaba con bandera española.

Grandes eran los motivos de queja que el gobierno español tenía de los piratas africanos y muy ardiente el deseo de acabar de una vez con ellos; pero la necesidad de no distraer las fuerzas de España empeñadas en otras luchas, la inseguridad de las africanas costas, donde los recios temporales podían desbaratar y aniquilar en un momento la expedición mejor organizada, habían hecho que hasta entonces la osadía de los bárbaros quedase sin castigo. Los soberanos de Argel habían faltado á la alianza que hicieron con los reyes católicos en 1510, y al juramento que á nombre de las potencias berberiscas prestaron sus enviados en la ciudad de Zaragoza. Siendo gobernador de España el cardenal-arzobispo Jimenez de Cisneros, ya trató de fijar definitivamente el pabellón español en las africanas costas, empresa altamente política, digna de aquel genio esclarecido, y que si obtuvo un brillante éxito en Oran no tuvo el mismo en Argel, contra cuya ciudad envió una expedición á las órdenes de Diego de Vera en el año de 1516.

Las recientes provocaciones de Barbarroja atrajeron sobre Argel todas las fuerzas de mar y tierra de que los españoles podían disponer. El marqués de Gomara, gobernador de Oran, acudió á dirigir y estrechar el sitio, logrando con algunos certeros disparos de artillería destruir las principales fortificaciones enemigas. Sea que Horruc Barbarroja no contase con suficientes medios de defensa, sea que le fuese receloso el ánimo de los habitantes de la ciudad ó que pensase reservar sus recursos para mejor ocasión, es lo cierto que no trató de hacer una defensa seria. Los soldados españoles penetraron en la ciudad, y se dirigieron á la Alcazaba, donde Barbarroja se había encerrado con todos sus audaces corsarios. La mayor parte de los argelinos, resentidos todavía por la catástrofe de su rey, se mantuvieron á la expectativa, guardándose de inquietar á los españoles que dirigieron todos sus ataques contra la Alcazaba, creyendo que el pirata haría allí una defensa desesperada, y tomando todas las avenidas por donde se les pudiera escapar, pues de su captura pendía el que la paz fuese mas duradera.

Barbarroja que ni podía sostenerse ni quería rendirse, después de un ligero amago de defensa, abandonó con todos los suyos las almenas y torres del edificio. Los españoles escalándole y violentando las puertas, se lanzan en busca del tirano por los patios, salones y galerías; pero todo está desierto y apenas pueden apresar alguno que otro descarriado enemigo. Notando al fin que los fugitivos se agolpan todos hacia un mismo sitio, se dirigen presurosos á él, siempre persiguiéndolos, y los ven desaparecer de improviso como si se los hubiese tragado la tierra. Era que habían huido por un anchuroso subterráneo, cuya entrada estaba allí patente á los españoles: éstos sin titubear, se lanzaron á la oscura caverna, resueltos á perseguir á los enemigos aunque fuese hasta las entrañas de la tierra.

IV.

Cuando los españoles, persiguiendo siempre á los fugitivos, se precipitaron en la campaña por el anchuroso boque-ron de la encubierta mina, ya los moros estaban bastante lejos, y solo se percibía la dirección que llevaban, por la nube de polvo que producía el galopar de los caballos y el confuso

y lejano rumor de aquella turba de fugitivos. Sin tregua y sin descanso, partieron tambien los españoles en pos de ellos, prometiéndose alcanzarlos muy en breve, pues así se lo hacia creer el vivo deseo de venganza que á la persecucion los animaba. Cuando ya iban dando alcance á los mas rezagados, quedaron sorprendidos con el aspecto que la campiña presentaba: riquezas considerables estaban esparcidas por toda ella, telas preciosas, trages riquisimos, oro, plata, alhajas, todo se hallaba abandonado por el suelo y en la misma direccion que los enemigos llevaban. Era que Barbarroja, viendo embarazados á los suyos con el peso de las riquezas y deseando entretener á los españoles que le iban dando alcance, habia mandado que se arrojase por el camino todo cuanto habian sacado de la ciudad: sacrificio el mas costoso para aquellos bárbaros y suficiente para probar el apuro en que entonces se hallaban. Su situacion era en efecto la mas apurada: el rio Huenda se oponia por el frente á su fuga, ó por lo menos la retardaba en terminos de ser alcanzados por los enemigos en aquel difícil paso, mientras que á su espalda sentian ya las voces de los españoles mas empeñados que antes en su persecucion. Habian ellos comprendido el ardid de su feroz enemigo, y estimulados por el sentimiento de honor y por las voces de sus gefes, habian pasado por encima de toda aquella riqueza, hollándola con los pies de sus caballos y sin reparar en nada que pudiese demorar por un instante su definitivo triunfo. Horruc Barbarroja, cortado por el rio y sin retirada posible, comprende que no hay mas alternativa que la de morir matando ó morir vergonzosamente en las aguas del rio, término de una cobarde fuga. Entonces recuerda las veces que la muerte se le ha presentado bajo mil formas en todo el curso de su vida, y recobrando todo su valor, señala á los suyos la direccion que le parece mas segura y les dice:

—Que traten de ponerse en salvo los que no hayan de rendirse á los enemigos: yo no pasaré de aquí; estoy resuelto á morir con el valor que conviene á mi nombre y á mis hazañas.

Al decir estas palabras, se apartó á un lado del camino, en que restos de unas antiguas ruinas le ofrecian algun reparo, mientras que la muchedumbre que le habia seguido se dispersaba en la mayor confusion. Horruc llegó al sitio que habia elegido y al volver la cara hacia los enemigos, vió á unos pocos soldados de los mas adictos á su causa que le seguian y que se agrupaban al rededor de su persona. Contemplólos tristemente, preguntando:

—¿A dónde vais, amigos míos?

—Estamos resueltos, contestaron, á morir aquí con nuestro gefe.

Al notar la heroica resolucion de aquellos hombres y al recordar que eran los mas valientes entre los valientes de su ejército, el gozo brilló en el semblante de Horruc que exclamó:

—¡Semejantes soldados y en tal situacion, no deben morir.... no morirán sin venganza!

Ya entonces llegaba el primer grupo de ginetes españoles, que al notar aquel aislado peloton de moros en medio de la campiña, creyó que su objeto no podia ser otro mas que el de rendirse y pasó de largo, dejando á los que viniesen despues el apoderarse de aquellos vencidos. Llegaron bien pronto otros que se acercaron sin acometer, creyendo á los moros en ademán de entregarse; pero estos, que habian calculado todos los medios de prolongar su defensa, aguardaron

serenos á que los españoles estuviesen á tiro, y con sus ciertos disparos hicieron morder el polvo á los mas osados. Entonces empezó una furiosa refriega en que los moros, acosados y acometidos por todas partes, vendian bien caras sus vidas con el valor de la desesperacion. Caia un hombre y otro ocupaba su puesto, y aquel peloton siempre se agrupaba compacto resguardando á su gefe, que blandiendo su terrible cimitarra y defendido por aquella muralla de carne viva, osaba todavia insultar y desafiar á los españoles. El desaliento se apodera de estos por un momento, y detenidos por los cadáveres de los suyos, se paran espantados, como los cazadores que acorralan á una sangrienta fiera en su último atrincheramiento; pero la llegada del marqués de Gomara con nuevos refuerzos, y la insultante actitud de los moros, hacen que de nuevo se precipiten sobre ellos, rompiendo al fin y desbaratando aquel compacto peloton. Entonces aquella espantosa carnicería no tuvo término, hasta que un guerrero español ó mas audaz ó mas osado levantó en alto, proclamando el triunfo, la sangrienta cabeza de Barbarroja.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

TOBIAS EL MERCADER.

V.

LA SEÑORITA DE MONTALTO.

Ahora trasladémonos al puerto de Echalar y á orillas de un torrente cuyas aguas desprenden y arrastran en su impetuosidad masas considerables de rocas que hacen variar su lecho cada año, presentando mil distintos y pintorescos accidentes. A corta distancia de él se encuentra el pueblo de Lesaca, compuesto de algunos caserios esparcidos y contiguos; la abundancia de gamuzas ó cabras monteses que aman las montañas altas y escarpadas hace que frecuenten aquellos sitios bandas numerosas de cazadores tan diestros como ágiles y atrevidos que persiguen á los inocentes animalejos hasta la pendiente de los precipicios mas espantosos.

Por entre aquellos sitios agrestes, no frecuentados por mas carruages de ruedas que carretas, se divisaba una mañana del mes de agosto de 1829 un coche de camino que se dirigia hacia Lesaca. De pronto paró de andar el carruage del que se apearon un caballero de mediana edad y una esbelta y bella señorita como de veinte años.

—¿Espero aquí? preguntó el mayoral.

—Si, espera; respondió el viagero; quiere mi hija subir á ese cerro desde donde es de creer se goce de una vista magnífica.

—Mucho camino es para una madrileña, murmuró el mayoral.

—Es que no soy madrileña, dijo la jóven algo amostazada, ni es la primera vez que vengo por estos sitios.... en los cuales pasaria de buen grado mi vida, añadió dirigiéndose á su padre de cuyo brazo se cogió.

Pero á pesar de todo, no obstante su buen ánimo, apenas habian andado trescientos pasos por aquel terreno que-

brado y pedregoso en que no habia practicado ningun sendero, cuando lanzó un ¡ay! y tuvo que apoyarse en el tronco de un pino. Su pie, débilmente resguardado con su calzado de seda, sufrió un choque tan violento contra la arista muy viva de un canto, que la ocasionó un dolor demasiado agudo para continuar su paseo.

Su padre la encargó descansara en aquel sitio en tanto que ascendia hasta la cumbre, desde donde queria descubrir una tropa de gamuzas que poco antes habian desfilado corriendo á su vista misma.

Adelaida convino en la proposicion, mas apenas se vió sola entró en deseo de volver al coche donde habia quedado su aya; echó á andar aunque dando un rodeo para evitar á su dolorido pie el contacto de las piedras que la habian lastimado.

El terreno que pisaba alfombrado de fresas se extendia hasta el torrente de Echalar. Un grupo de hayas al rededor de las que se enrollaban grandes ramos de yedra daban á este pequeño espacio el aspecto de un oasis. El afán de apoderarse de una rama que colgaba en festones de la copa de un árbol la fué empeñando en su direccion.

Grande fué su sorpresa cuando internándose en aquella espesura de verdor y de flores se encontró cara á cara con un jóven ocupado en clasificar algunos bosquejos que tenia en una cartera de carton puesta sobre un pico de roca. A la vista de Adelaida se estremeció y juntó sus manos por efecto de uno de esos movimientos involuntarios que no son dueñas de reprimir las almas cándidas.

La jóven retrocedió un paso, pero en seguida juzgando tal vez pueril su confusion, ó quizás porque la fascinara la mirada dulce y estasiada del desconocido, quedó parada un instante, al cabo del cual trató de alargar la mano para alcanzar la flor de enredadera que habia llamado su atencion, lo que observado por el jóven, abandonó su actitud contemplativa y corrió silenciosamente á ayudarla. La viajera por su parte cuando el desconocido hubo acabado de cortar la anhelada rama, se limitó á decir recogiendo una hoja de papel que habia caido de la cartera entreabierta al pié del árbol:

—¡Servicio por servicio, caballero!

La curiosidad dominando la discrecion, indujo á la jóven á dirigir sobre aquella página antes de restituirla al artista, una mirada furtiva que hizo cubrir sus mejillas de un carmin muy vivo.

El dibujo que restituia, representaba una jóven desmayada sostenida por un hombre jóven tambien, á cuyo lado pasaban tres soldados galopando en sus caballos.

—Caballero, murmuró la jóven con marcada turbacion, seria indiscrecion... preguntar... si...

Dos voces, una vibrante y otra aguda, en las que reconoció las de su padre y su aya la interrumpieron llamando sucesivamente:

—¡Adelaida! — ¡Señorita de Montalto!

— ¡La señorita de Montalto! exclamó á su vez el artista.

Sobrecogido de una especie de pánico cogió rápidamente su cartera y echó á andar á buen paso desapareciendo al punto de los ojos de la jóven tras un elevado peñasco; en seguida Mauricio, porque ya se ha podido conocer que era él en persona, saltando de pico en pico con una agilidad parecida á la de la cabra montés, se encaramó sobre una cresta desde la que pudo ver como Adelaida y su padre montaban en el coche y seguian hacia Lesaca.

— ¡Cómo! decia para sí el jóven, mi bella desconocida, á quien por una providencial casualidad salvé la vida y de cuya imagen conservaba un recuerdo triste y risueño á la vez como todos los recuerdos que alimentan consigo una esperanza débil, era Adelaida Montalto! ¿A dónde la acompaña su padre? A Lesaca sin duda, á donde iba yo tambien para buscar á mi hermana..... si, ciertamente y en este supuesto no iré yo... Debo permanecer completamente desconocido de la hija del marqués de Montalto, y por lo tanto huir de su vista ante la cual tal vez podria venderme.... ¡Qué fatalidad! de esa suerte la única muger á quien consagrara con entusiasmo mi vida entera, es precisamente á la que circunstancias especiales me privan declarar mis sentimientos.... Los Montaltos están ricos y yo no poseo otra fortuna que mi talento.... Soy demasiado pobre para halagarme con sueños de amor!

Mauricio no decia como en otro tiempo á su hermana.

«¡No me ha favorecido la naturaleza lo bastante para agradar á una muger!»

Se hubiera mentido á sí mismo reproduciendo entonces una frase que habia puesto de relieve en otra ocasion su carácter modesto y orgulloso: dos años, los viajes, y sobre todo el desarrollo de la inteligencia artistica que Mauricio poseia en grado eminente le habian trasformado. Su rostro habia adquirido contornos varoniles y su estatura proporciones sin tacha; sus ojos reflejaban las emociones de su alma ardiente, y de su fisonomía expansiva é impresionable brotaba por decirlo así la poesia que inundaba su imaginacion y su pecho.

Despues de decirse á sí mismo Mauricio cuanto acabamos de espresar, permaneció aun algun tiempo cubierto el rostro con las manos, sumergido en reflexiones y de pie y reclinado en un pino secular que nacia entre los intersticios de dos rocas. La bocina de un pastorcillo que congregaba las dispersas ovejas de su rebaño para encerrarlas en el redil, le recordó se acercaba la noche, y distrayéndose un poco de sus meditaciones, comenzó á descender al valle donde no tardó en encontrarse con el pastor.

— ¿Cuál es, le pregunto, el camino mas corto para llegar á Vera?

— Ese, replicó el jóven montañés señalando una de las innumerables sendas que cruzaban la pradera; á lo menos me lo parece así, porque es por el que viene siempre el señor Tobias cuando va á ver á mi amo.

— Precisamente, es á casa del señor Tobias adonde voy yo.

— ¡Ah, pues entonces, no le encontrará vd. porque ayer ha pasado por aquí, y he oido decir que no volverá á Vera hasta mañana; lo mejor que podria vd. hacer, es pasar la noche en nuestra alqueria.

Despues de una pausa, acabó Mauricio por aceptar la proposicion del pastor.

Mientras acaecía todo esto, proseguian el señor Montalto y su hija el camino de Lesaca, á cuyo pueblo llegaron á la caida del dia. La concurrencia de forasteros por efecto de una romeria que celebraban en aquella ocasion hizo que no encontraran en todo el pueblo una casa en que poder hospedarse. El dueño del parador en que se apearon para tomar un refresco, no pudo ofrecerles mas que un gabinete oscuro y una cama, pero añadió el patron, que dentro de un par de dias podria disponer de una habitacion de las mejores.

— Eso es; ¿piensa vd. que el marqués de Montalto y su hi-

ja van á estar esperando que se desocupe ó no se desocupe ese cuarto?

A tiempo que el aya profería estas palabras, entró en la habitación una señorita jóven cogida del brazo de un caballero que al oír el nombre de Montalto se acercó con solicitud hácia los recién llegados.

—¿Es al marqués de Montalto al que tengo el honor de saludar? preguntó.

—Sí, señor, replicó el marqués inclinándose. ¿Y puedo yo preguntar á mi vez á quien.....

—Me llamo Mendoza, se apresuró á interrumpirle el capitán.

—¿Es vd. acaso el hijo del magistrado que murió desgraciadamente cuando la invasión, á mi lado, dentro de los muros de Zaragoza?

Mendoza hizo un ademán afirmativo y en seguida añadió:

—Y mi esposa, que tengo el gusto de presentar á vd. es la hija del difunto señor de Arzueta.

—¡Arzueta! repitió el señor Montalto; era uno de los mejores amigos de mi hermano que murió también. Por lo que respecta á mí, apreciaba mucho á Mendoza, á quien he tratado muchísimo; al padre de esta señorita, no he tenido el gusto de conocer personalmente, pero sé que le apreciaba mucho mi hermano. En seguida significó á don César y su esposa el sentimiento que tenía de verse obligado á abandonar su sociedad.

—No hay medio de permanecer aquí, les decía; el posadero nos ha dicho que hasta dentro de dos ó tres días que se habrá desahogado de forasteros, en pasando la romería, no puede disponer de una habitación.... así que he pensado emprender otra vez el camino y pasar á lo menos estos días en casa de un comerciante retirado en una casita de campo cerca de Vera.

—¿Es acaso el viejo Tobías? preguntó don César.

—Precisamente; ¿le conoce vd?

—No hay persona en el país que no le conozca; exclamó la jóven, y que no haga justicia á su conciencia y probidad.

—De que tenemos pruebas muy particulares, añadió el marqués. Tal vez siguiendo la conversacion hubiera explicado en que tiempo y con qué motivo, sino hubiera venido á interrumpirlos Laura hasta entonces conversando aparte con Adelaida, para rogar al papá de aquella no abandonase el pueblo hasta la mañana siguiente.

—Tenemos esta noche un baile, dijo Laura, del que será su hija de vd. la reina.

—¿Qué dices á eso, Adelaida? preguntó el marqués que sabía era su hija infatigable aficionada.

—Por mi parte, lo que vd. disponga, sin embargo de que estoy muy cansada y con pocos deseos de bailar.

—¡Bah! dijo el señor de Montalto visiblemente admirado.

—Nada, nada, no la creemos á vd. exclamó Laura llena de contento; voy á tomarme la libertad, señorita, de hacer que lleven á mi habitación las cajas y maletas que están en el coche.

Sin aguardar respuesta de Adelaida, se dirigió Laura al aya para ponerse de acuerdo respecto de este punto.

Entretanto el marqués tomando por el brazo á su hija la llevó dulcemente hácia el hueco de una ventana.

—Me parece que adivino, dijo á media voz, la causa de tu desden á las diversiones, desden á decir verdad que me parece muy insólito.

—¡Jesus! papá; la causa en esta ocasion es muy sencilla; estoy muy cansada.

—No, no es eso, es que estás cavilosa, preocupada.

—¿Yo? ¿y de qué?

—De tu reciente encuentro con un individuo que supones te salvó la vida hace cuatro años.

—Pero por Dios, yo no creía que vd. hubiese de reconvenirme por el disgusto de no haber podido espresar mis sentimientos de gratitud hácia una persona á quien se los conservaré siempre.

—Seguramente que no, y aun yo también me hubiera alegrado mucho de poder hacerle presente mi cariñoso afecto; pero no podrás menos de convenir conmigo en que es muy extraño diera en correr al escuchar tu nombre..... por lo que es de pensar que son aventuradas tus conjeturas..... al fin la identidad de ese desconocido con el que crees tu salvador no tiene mas base que un simple bosquejo de lápiz que puede ser un asunto imaginario, ó tal vez una copia de otro dibujo.

Al escuchar esta observacion de su padre, se escapó un suspiro del pecho de la jóven; pero no insistió mas en la negativa de asistir al baile, y se dirigió al cuarto de Laura para vestirse.

Los tocados de las dos recién amigas eran iguales con corta diferencia; ambas vistieron de crespon blanco, con la única diferencia de que Adelaida colocó algunas flores entre sus cabellos y Laura ceñía á su frente un ligero ferroñé ó anillo de oro y á su garganta una cadena de Venecia de cinco vueltas de la que colgaba una cruz de rubies.

—Es regalo de mi hermano, dijo Laura viendo que Adelaida fijó su atencion en aquella joya de modo que creyó la admiraba, cuando realmente no la asaltaba mas sentimiento que el de curiosidad.

—¡Ah! tiene vd. un hermano!

—Sí, y esperaba verle hoy; su última carta desde Marsella anunciaba su próximo regreso.

Laura en seguida ensartó el panegirico de Mauricio; la posibilidad de un enlace de su hermano con la sobrina del antiguo amigo de su padre se ofreció á su mente como una consecuencia del encuentro casual de ambas familias. Aunque la familia de los Arzuetas á que pertenecían Laura y Sebastian no poseían ningún título, era tan antigua su nobleza, que podía ir á la par de la de los Montaltos, que no remontaba mucho. Adelaida escuchó con marcada distraccion el elogio que hizo Laura del carácter de Mauricio, y aunque no la agradó demasiado el resultado de este primer avance, no por eso renunció á la esperanza de un proyecto que creía ofrecer probabilidad y conveniencia. Consideraba sí, que Adelaida era bella y cariñosa, pero también su hermano poseía grandes talentos, además de que se prometía no hubiera obstáculo respecto de los bienes de fortuna, porque no pasaban los Montaltos por demasiado ricos, sobre todo en Elizondo, pueblo natal de la difunta madre de Adelaida, donde eran muy conocidos y donde apreciaban y se ocupaban mucho del marqués y su hija, retirados en la ciudad de Logroño desde 1824 después de la entrada de los franceses con el duque de Angulema.

No obstante, respecto á este punto, pasó poco sin que Laura adquiriese datos fijos á que atenerse positivamente; durante el baile de que Adelaida se llevaba la palma, oyó decir al marqués en conversacion con el capitán que se hallaban de pie detrás de su silla.

—Ademas de la indemnizacion que me ha concedido el gobierno y de los sueldos y grados que me ha devuelto S. M. Fernando VII despues de una purificacion en tercera instancia, he recobrado inesperadamente unos cuarenta mil duros, que reservo para dote de mi hija, mi única heredera. Aunque á decir verdad no dispondré de esa cantidad antes de adquirir la certidumbre de que me pertenecen legalmente.... porque capitan, lo que parecerá á vd. increíble, es que por mas que discurro no hallo ninguna prueba de la validez de mis derechos á esa suma.

—¿Y cómo la han hecho llegar á poder de vd?

—¡Si tampoco lo sé! es una cosa que tiene algo de sortilegio ó encantamiento. No obstante, se acerca el tiempo de que se aclare este enigma; á lo menos tal es la promesa que me ha hecho el escribano de mi casa, persona de que se han valido para este asunto. Lea vd. que es muy curioso.... añadió el marqués dando al capitan un billete que sacó de su cartera de viaje; el billete ó la carta tenia el sello de la administracion de correos de Logroño y decia así:

«Señor marqués.

«Esta mañana me han entregado dos mil duros que completa la suma de los cuarenta mil que me encargaron reembolsar á vd. A la primera ocasion, cuando vd. disponga de aquella cantidad, remitiré copia del documento original «que consigna sus derechos á estos fondos. Vd. recordará «que la persona poseedora de este documento me arrancó la «promesa de no hablar de él hasta que hubiera verificado el «pago integro de su deuda.

«Con la mas alta consideracion, señor marqués, saludo etc.»

—Como decia vd. hace poco; parece increíble, exclamó don César.

¡Ah! pensó Laura, Adelaida es un partido mas ventajoso que lo que presumia yo.

VI.

LA TEMPESTAD.

Prolongóse el baile hasta el amanecer, lo que hizo que fuese ya muy entrada la mañana cuando Adelaida y su padre tomaron el coche para ir á casa de Tobias. Durante el viaje parecia la joven triste y pensativa; el marqués cansado de la velada de la vispera tardó poco en dormirse, pero su hija no siguió su ejemplo; antes al contrario, sus ojos lejos de rendirse al sueño, examinaban el camino que recorria el coche y parecian como buscar alguna cosa á través de los grupos de árboles y sobre las crestas mas altas de las rocas vecinas.

El calor era intenso; los pájaros callaban ocultándose en medio de las espesuras, y grandes nubarrones negruzcos traídos á buen paso en alas de un recio Sud-Oeste, cruzaban rápidamente y se reemplazaban vistiendo las verdes praderas de enlutado crespon.

—¡Dios quiera que lleguemos á casa del señor Tobias antes que estalle la tempestad! dijo el aya de Adelaida.

—¡La tempestad! exclamó la joven, que absorta en sus distracciones no habia reparado en los sintomas que alarmaban á la respetable señora.

—Si, ¿no oye vd., señorita? Aunque lejos se oye tronar.

—¿Y qué importa? en el coche bien resguardados estamos, replicó Adelaida recayendo de nuevo en su distraccion.

Cerca de medio dia era cuando paró el coche á la puerta de la casa de Tobias, al cual se esperaba de un momento á otro. Los criados introdujeron al marqués y su hija en una sala que daba vista al campo.

Poco á poco iba creciendo la tempestad, encapotándose el dia y dejando percibir ciertos apagados rumores, lenguaje misterioso de los elementos agitados. El marqués y su hija haciendo tiempo en espera del mercader daban vuelta á la sala examinando las pinturas que decoraban las paredes. Adelaida reparó entre otras cosas el retrato de Sultan, pero no el nombre de la firma por la oscuridad que difundia el nublado; en seguida se sentó detrás de una vidriera desde donde dominaba el camino que debia traer Tobias. A poco divisó al retirado hebreo que avanzaba á buen paso en uno de esos caballos que se crían en las sierras y que escalan con paso ligero y firme por sitios al parecer impracticables. Un gran perrazo de los Pirineos le acompañaba, el que se adelantó y fué á echarse sobre una piel de oso que habia cerca de la chimenea, despues de dirigir una mirada esploradora á las visitas que halló en casa de su amo.

Tobias significó á sus nobles huéspedes su satisfaccion por haber pensado en la hospitalidad de su casa.

—Tiene vd. un magnifico perro, Tobias, le dijo el marqués

—Y sobre todo inteligente, bravo y fiel, añadió el anciano.

—Y ese dibujo es su retrato, ¿no es cierto? preguntó Adelaida.

—Cierto, señorita.

—Pues está muy bien, se conoce que no es de mano de un simple aficionado.

—Si tal, su autor cuando le ejecutó era solo un simple aficionado... hoy no sé... ¿ha visto vd. la firma?

—No he reparado, dijo Adelaida, y acercándose otra vez al cuadro leyó: «Mauricio.»

—¡Ah, dijo el marqués, conozco ese nombre.... En mi último viaje á Madrid, compré una coleccion de vistas grabadas en Paris segun sus dibujos, ademas de varias obras pintorescas francesas que contienen vistas de España muy buenas, firmadas así.

—Bien le pronostiqué yo que si se aplicaba llegaría á ser mozo de provecho en el arte.

—¿Y tiene algun otro apellido? preguntó Adelaida.

—Si; si, Mauricio es el nombre de pila; acostumbra firmarse solo así, pero su apellido es Arzueta, de aqui del pais.

Al escuchar este nombre, padre é hija se miraron sorprendidos.

—Entonces es el que compró la cruz de rubies que poseia yo de mi madre y que tuve que hacer el sacrificio de vender en aquellos dias fatales de persecucion cuando nos encontramos sin recursos para pagar nuestro modesto hospedaje.

El mercader hizo un ademan de cabeza afirmativo.

—¿Y qué género de persona es ese Arzueta? preguntó el marqués.

—Es un guapo mozo de veinte y seis años; muy caballero, muy buen muchacho.

—¿Y tiene bienes de fortuna?

—Debia tener, pero creo que los ha perdido.

—¿Y cómo?

—Precisamente no sé; no tengo mas motivo de pensar así que por lo que me dijo un antiguo compañero mio de comercio que le vió en Italia y que....

Tobias se interrumpió observando su perro que hacia al-

gunos instantes se habia levantado de su cama de piel y marchado hácia la puerta en cuyo umbral se habia detenido irguiendo las orejas y olfateando el aire exterior. De pronto deslumbró los ojos de todos un relámpago vivísimo, al que acompañó ese ruido seco y estridente que produce el fuego eléctrico cuando despues de mecerse sobre nuestras cabezas se precipita á nuestros pies.

—¡Sultan! ¡Sultan! gritó Tobías.

El perro que habia echado á correr, volvió la cabeza una vez pero no interrumpió su carrera.

—Donde irá, preguntó el marqués.

—Al encuentro de alguna persona muy conocida de casa, cuando ha partido así; replicó Tobías dirigiéndose tras su perro.

Un cuarto de hora trascurrió sin parecer uno ni otro. Los relámpagos se multiplicaban; la tempestad arreciaba cada vez mas. Al cabo de este tiempo divisó Adelaida á la fugitiva claridad de uno de aquellos resplandores blanquecinos, un grupo de gente que caminaba con paso lento; poco despues pudo observar dos hombres que conducian una parihuela en que venia echado otro al parecer herido; á su lado se veía á Tobías, y á Sultan detrás, como presidiendo la triste comitiva.

—¿Qué habrá ocurrido? exclamó Adelaida trémula y llena de susto.

—Probablemente, contestó su padre, algun pobre pastor descuidado á quien haya arrojado el viento desde alguna peña.

—O tal vez, observó la jóven, algun viagero que abrigado imprudentemente bajo de un árbol haya sido herido de un rayo.

Hasta la llegada de Tobías guardaron despues el mas completo silencio; la fisonomia del mercader espresaba un sentimiento profundo. Habia cogido á uno de los pastores la parihuela formada de ramas de árbol y musgo y ayudando al otro á trasladarlo á la sala de su casa. En este lecho improvisado yacia un jóven con los ojos cerrados y que parecia haber cesado de existir, á juzgar por su palidez estremada y por su completa inmovilidad.

Cuando Adelaida pudo reparar en él lanzó una exclamacion de dolorosa sorpresa.

—¿Quién es ese jóven? preguntó el marqués á Tobías.

—Es Mauricio de Arzueta el que en cierta ocasion salvó á esta señorita de una muerte segura, respondió el anciano abriendo apresuradamente el cajon de una mesa del que sacó un frasco. Repare vd., añadió Tobías designando al marqués una cartera que habia caído al suelo de un bolsillo de Mauricio por efecto del movimiento impreso á la parihuela al soltarla.

La cubierta de esta cartera, chamuscada por el fuego eléctrico, tenia escrito con letras de oro: *Arzueta*. De los papeles que contenia no quedaban sino fragmentos. Sin embargo, descubriendo el marqués su nombre estampado en uno menos maltratado que los demas, cedió á un sentimiento de curiosidad disculpable por lo especial de la situacion, y leyó en alta voz las frases siguientes que fueron para él y su hija otros tantos rayos de luz, no obstante las interrupciones ó claros producidos por el paso de la chispa eléctrica á través de la cartera.

«Don Anibal Montalto cuyas opiniones políticas eran antipodas de las de su hermano no quiso emigrar en tie....

«Mas tarde comprendió no le quedaba otro recurso que una pronta huida....»

«En la frontera le conocieron y redujeron á prision....»

«Antes de marchar, me hizo entrega de cuarenta mil pesos fuertes en monedas de oro....»

«... la catástrofe que puso fin á sus dias, hice cuanto me fué posible por investigar al paradero del marqués de Montalto; mis pesquisas fueron inútiles, debia hallarse oculto ó haber cambiado de nombre....»

«Sin embargo, no puedo perdonarme el haber violado el sagrado de este depósito, comprometiéndole en empresas...»

«La cruz de rubies es un regalo que hizo don Anibal á su cuñada la marquesa un día de cumple años. Yo mismo fui encargado en Madrid por mi querido amigo de hacer engastar aquellas piedras á un diamantista; esta labor que me es bien conocida y las iniciales grabadas en el interior del corazon me han hecho conocerle cuando....»

«Temí que la considerable disminucion de mi fortuna pudiese ser obstáculo á la felicidad de tu hermana si por acaso renunciaba Mendoza á la mano de Laura, lo que hubie....»

«De cualquier modo, hijo mio, te confío mi honor.»

Esto explicaba al marqués acontecimientos enigmáticos hasta entonces. Mauricio llevando hasta un grado extremo su abnegacion fraternal se encargó por sí solo de satisfacer la deuda de su padre con el marqués, lo que habia logrado ya á costa de todo su patrimonio y de los ahorros de cuatro años de trabajo y de viages.

Entre tanto Adelaida vertía silenciosas lágrimas arrodillada junto al canapé en que habian depositado á Mauricio, y Tobías humedecía sus lábios, y frotaba las sienes con un paño empapado de una esencia eficazmente espirituosa.

—¿Dónde estoy? murmuró Mauricio con voz apagada y sin entreabrir los párpados.

—Dios bendiga á vd., Tobías ¡le vuelve vd. á la vida! exclamó la jóven en tono de la mas profunda gratitud.

Mauricio experimentó á este tiempo un ligero estremecimiento.

—Va á abrir los ojos, dijo Tobías y una emocion demasado fuerte podria serle fatal.

—¿Habrá adivinado que amo á Mauricio, ó es porque tal vez soy amada? se preguntó mentalmente Adelaida, al paso que se retiró con su padre á un aposento inmediato, en virtud del parecer del anciano.

Mauricio fué poco á poco recobrándose del atolondramiento producido por la corriente eléctrica, y en tanto le enteró Tobías de que se hallaba bajo el mismo techo que el marqués de Montalto; pero no bien le esplicó menudamente cuanto habia pasado, exclamó:

—Ya estoy mejor; permítame vd. retirarme.

—Eso no puede ser; está vd. muy débil para dar un paso siquiera sin mi apoyo, replicó Tobías.

En efecto, Mauricio que trató de ponerse en pié cayó sobre el canapé sin poderse sostener. Ademas, añadió el anciano, una ausencia tan repentina seria una falta de atencion para con el marqués y su hija.

El jóven se resignó á permanecer.

Una hora habria trascurrido de esta conversacion cuando Tobías condujo á la sala á Adelaida y al marqués.

—Ni mi hija ni yo, señor de Arzueta, queremos perder esta ocasion de manifestar á vd. nuestro profundo agradecimiento....

—Caballero, interrumpió Mauricio, permita vd. le advierta padece un error.... vds. no deben, no tienen que agradecerme nada!

—¡Qué! replicó sonriendo el marqués, ¿negará vd. que un padre debe estar agradecido hácia aquel que ha preservado á su hija de la muerte?

—Sin embargo, balbuceó Arzueta, soy yo quien....

—Vamos, continuó el marqués en el mismo tono jovial ¿la esquisita delicadeza de sus sentimientos no le sugiere algun medio de desquite para con vd?

—Ciertamente, articuló el jóven, que no comprendo.

—¡Vaya por Dios! nuestros proyectos, y nuestras acciones siempre participan de algo de egoismo, observó el marqués.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Que tratando de la felicidad para el porvenir de mi hija, pensaba tambien en la mia.... En dos palabras, que el padre de esta niña que llama á vd. su salvador, se tendria por muy dichoso en poder llamar á vd. hijo suyo.

Un rayo de alegría pasagera iluminó la fisonomía melancólica y grave de Mauricio, cuya mirada fué á encontrarse



Mauricio en la parihuela reconocido por Adelaida, Tobias y el marqués.

con la de Adelaida; en seguida recobró su expresion acostumbrada.

—No, dijo; no tengo bienes de fortuna.

—En buen hora, el orgullo que vd. manifiesta me da á mí el derecho de poner el mio en evidencia, replicó el marqués. Rehusó los cuarenta mil duros que vd. ha hecho llegar á mi poder y que los destinaba para dote de mi hija.

—Vd. no puede rehusarlos, señor marqués. Es la restitution de un depósito....

—Del que mi hermano no me habia hablado nada.

—Si, pero una carta de mi padre, prueba....

—No tiene firma.

—En una escribania de Logroño, radica.... trató de objetar Mauricio.

—Si, una copia de ese documento, interrumpió el padre de Adelaida acabando la frase.

—¡Ah! exclamó Mauricio con inesplicable expresion de alegría y agradecimiento; ¡quiere vd. obligarme á ser dichoso!

Y llevó con entusiasmo á su corazon primero y despues á sus labios la mano que le tendió Adelaida.

Ocho dias despues de esta escena, y algunos momentos antes de firmar el contrato que enlazó los destinos de Mauricio de Arzueta y de Adelaida Montalto, colgó Laura de la garganta de su futura cuñada una cadena de la cual pendia el corazon y la cruz que en otro tiempo perteneció á la madre de la joven desposada.

CAMILA LEBRUN.